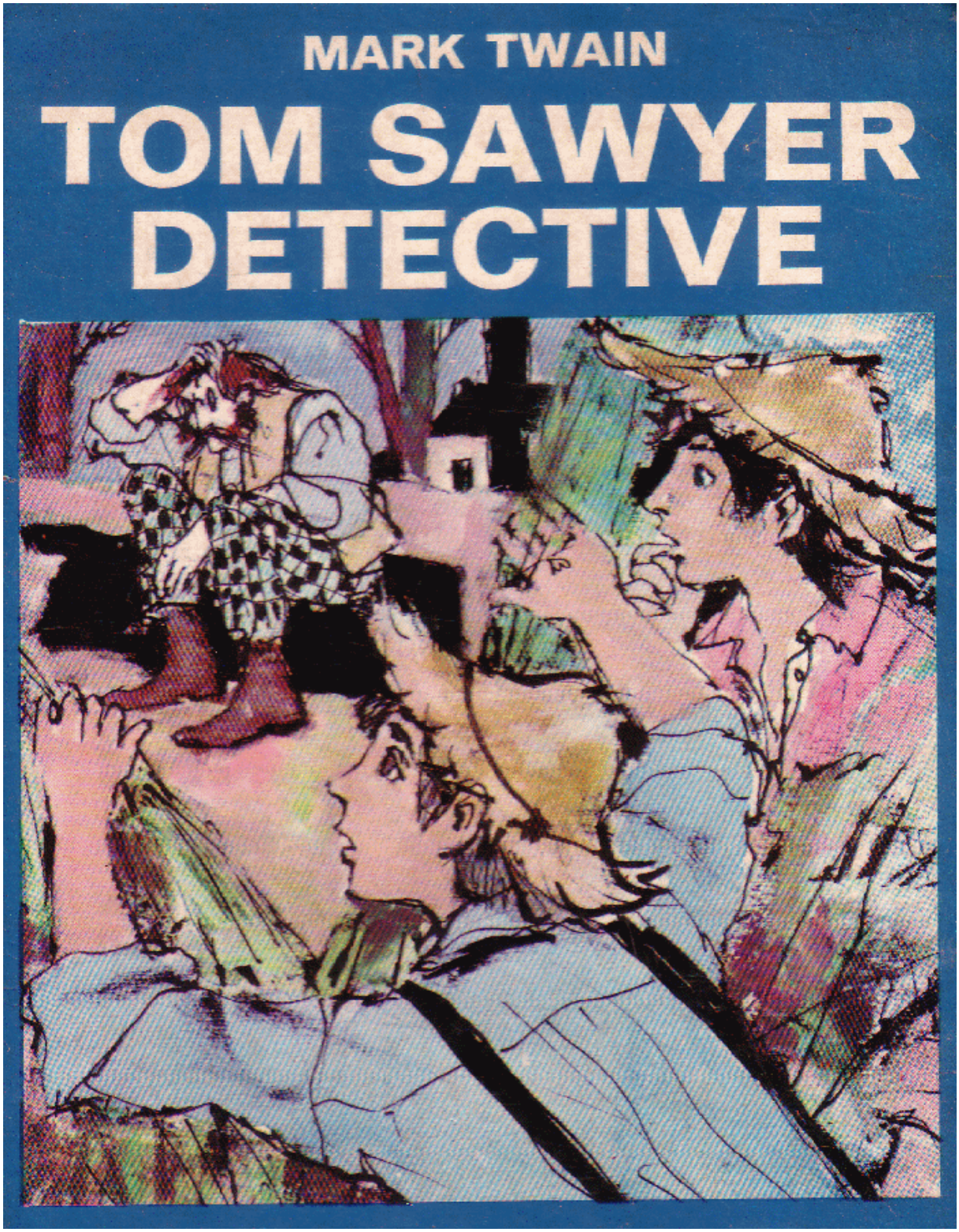
TOM SAWYER DETECTIVE
MARK TWAIN



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

CAPÍTULO I
INVITACIÓN A TOM Y HUCK

Ocurrió en la primavera siguiente a la época en que Tom Sawyer y yo liberamos al esclavo Jim, cuando lo habían encadenado por desertor en la granja del viejo Silas, tío de Tom, en Arkansas. El hielo se estaba desprendiendo ya de la tierra y del aire y llegaba la época de andar descalzos todo el día. Otra vez se acercaba el momento de jugar a la bolita, al trompo y al aro. Y de remontar barriletes, hasta que llegara el verano y nos fuéramos a nadar. Es justamente todo ello lo que hace que un niño se ponga triste cuando piensa en lo lejos que está aún el verano, haciéndolo suspirar. Algo le ocurre y no sabe qué es. Se siente abatido, pensativo, le dan ganas de escapar en busca de algún lugar solitario en lo alto de una colina, al borde de un bosque. Ahí se instala y contempla a lo lejos el gran Misisipí, allá abajo, extendiéndose millas y millas a la redonda, en lugares donde los troncos de árboles parecen borrosos y confusos. Todo está tan lejano y tranquilo, tan solemne, que da la impresión de que nuestros seres queridos se han muerto y lo que más deseamos es morir también nosotros y acabar con todo.

¿Sabéis cómo se llama eso? Fiebre de primavera. Y cuando llega, lo que queréis es... ¡Oh, no sabéis exactamente qué; de tanto que deseáis sentís un dolor en el corazón! Lo que más se quisiera es huir. escapar de las cosas viejas y tediosas a las que os habéis acostumbrado y de las que estáis cansados. Tal es la idea que se tiene: huir y salir a vagabundear por lejanos países donde todo es misterioso, maravilloso y novelesco. Y si no se puede hacer eso se contenta uno con algo mucho menos: irse donde se pueda y quedarle agradecido a la suerte.

Pues bien; Tom Sawyer y yo estábamos atacados también de esa fiebre primaveral, aunque resultaba completamente inútil pensar que Tom intentara irse a cualquier parte porque -como decía él- su tía Polly no lo dejaría abandonar la escuela y echarse a andar por ahí perdiendo el tiempo. Por lo tanto, estábamos muy tristes. Una tarde cerca de la puesta del sol, nos encontrábamos charlando de estos temas, sentados en los escalones de la entrada, cuando apareció su tía Polly trayendo una carta y diciendo:

-Tom, me parece que tendrás que hacer las valijas e irte a Arkansas. Tu tía Sally te necesita.

Casi me salgo de mi pellejo de la alegría. Creí que Tom saltaría al cuello de su tía, abrazándola tan fuerte hasta el punto de ahogarla; pero -si me creéis- se quedó duro como una piedra y no dijo una sola palabra. Estuve por ponerme a llorar viéndolo tan tonto cuando ante nosotros se abríasemejante oportunidad. Y el caso era que podríamos perderla si no decía una sola palabra y se mostraba agradecido. Siguió sentado, pensando y pensando, hasta que me entró tal desesperación que no supe qué hacer. Después, con tanta calma que me dieron ganas de matarlo, dijo:

-Lo siento mucho, tía Polly; pero, por esta vez, tendrás que disculparme.

La tía se quedó tan sorprendida y furiosa ante semejante descaro que durante más de un minuto y medio no pudo articular palabra alguna; lo cual me dio la oportunidad de tocar a Tom con el codo y decirle en voz baja:

-¿Estás loco? ¡Desaprovechar una ocasión tan espléndida como ésta!

Pero no se inmutó *y* me respondió entre dientes:

-Huck Finn..., ¿quieres que ella se dé cuenta de las ganas que tengo de irme? En cuanto lo adivine comenzará a dudar e imaginar un montón de enfermedades y peligros, a poner objeciones, y nadie más que tú sabe que en seguida se echará atrás. Déjalo por mi cuenta. Sé cómo tengo que manejar el asunto.

Jamás se me habría ocurrido pensar en eso. Tom tenía razón, como siempre. Era el cerebro más organizado que he visto. Siempre en guardia y dispuesto a hacer frente a

cualquier cosa que surgiera ante él. En ese momento la tía Polly ya se había recuperado de la sorpresa y prorrumpió, exclamando:

-¡Disculparte! ¡Tú serás quien deberá hacerlo! ¡En mi vida he oído semejante cosa! ¡Y a mí te atreves a hablarme de esa manera! Ahora mismo subes a hacer tus valijas y como te oiga decir una sola palabra más pidiéndome que te disculpe, ya te disculparé yo... ¡con una vara de nogal!

Le golpeó la cabeza con el dedal y nosotros escurrimos el cuerpo. Tom comenzó a lloriquear mientras subíamos la escalera. Una vez llegados a su cuarto me abrazó, enloquecido de alegría ante el viaje que se nos presentaba, diciéndome;

-Antes de que nos vayamos lamentará haberme dejado partir; pero ya no lo podrá impedir. Después de lo que me dijo, por orgullo no podrá retractarse.

Preparó las valijas en diez minutos, dejando de lado lo que su tía y Mary completarían; después esperamos otros diez minutos hasta que ella se calmara pues, según Tom, era ése el tiempo que demoraba para que se le bajaran las plumas cuando estaba medio encrespada, y veinte cuando las tenía encrespadas del todo. En esa oportunidad estaba completamente erizada. Después bajamos, ansiosos de saber qué decía la carta. Encontramos a la tía abstraída, con la carta en su falda. Nos acercamos a ella y nos dijo:

-Por allá están sumamente preocupados *y* creen que tanto tú como Huck los distraerán, o, como dicen en la carta, los "consolarán". Me parece que podréis servirles de mucho. Tienen un vecino, un tal Brace Dunlap, que desde hace tres meses quiere casarse con Benny hasta que, por fin, le han hecho ver de una vez y para siempre que eso es imposible, lo cual irritó al hombre y es lo que los tiene preocupados. Por lo que entiendo, prefieren estar en buenos términos con él, pues trataron de complacerlo empleando a un hermano suyo, un inútil, para que los ayude en la granja, cuando apenas están en condiciones de permitírselo y no lo necesitan para nada.

-¿Quiénes son los Dunlaps?

-Viven a una milla de la casa del tío Silas, tía. Polly. Todos los granjeros viven a una milla de distancia entre ellos; Brace Dunlap es más rico que todos los demás y dueño de una colección de esclavos. Viudo, de treinta y seis años, sin hijos, orgulloso de su dinero y despótico; todo el mundo le tiene miedo. Se considera capaz de conseguir cualesquiera de las muchachas que desea con sólo proponérselo. Mucho debe de haberle irritado cuando se dio cuenta de que no podía conseguir a Benny, pues ella tiene la mitad de los años de él y es tan suave *y* encantadora .. Ya la conoces. ¡Pobre tío Silas! Es una pena que se vea obligado a pedir favores de esa manera, pobre como es y empujado por las circunstancias a tener que tomar a su servicio a ese inútil de Júpiter Dunlap sólo para complacer a ese testarudo de su hermano.

-¡Vaya un nombre..., Júpiter! ¿De dónde lo sacó?

-No es más que un sobrenombre. Creo que hace mucho tiempo olvidaron cómo se llama realmente. Ahora tiene veintisiete años y lo llaman así desde la primera vez que fue a nadar. El maestro le vio un lunar del tamaño de una moneda de diez centavos en la pierna izquierda, encima de la rodilla, y otros cuatro más chicos alrededor, cuando estaba desnudo, y dijo que le recordaba a

Júpiter y sus lunas. Y como a los chicos les causó gracia comenzaron a llamarlo así y todavía lo siguen haciendo. Es alto, perezoso, taimado, socarrón y bastante cobarde, además; pero de buen humor. Tiene pelo castaño largo, no usa barba ni posee un céntimo. Brace lo aloja gratis, le da sus trajes usados y lo desprecia. Júpiter es hermano gemelo.

-¿Y cómo es el otro?

-Según dicen, exactamente igual a Júpiter. Por lo menos lo era, pues nadie lo ha visto en estos últimos siete años. Se dedicó a robar cuando contaba diecinueve o veinte años y estuvo en la cárcel; pero rompió las rejas y se escapó, según parece, hacia aquí, el Norte. A su casa llegaban noticias de que se dedicaba a robar y saquear, pero de ello hace varios años. Ahora

está muerto. Por lo menos eso es lo que dicen. No volvieron a tener más noticias de él.

-¿Cómo se llamaba?

-Jake.

Por un largo momento no se dijo nada más. La tía se quedó pensativa hasta que hizo este comentario:

-Lo que más le preocupa a tu tía Sally es el mal humor que ese Júpiter provoca en tu tío. Tom y yo nos quedamos asombrados.

-¿Mal humor? -exclamó Tom-. ¿El tío Si-las? ¡Por Dios, debes de estar bromeando! No creo que tenga ninguna clase de humor.

-Dice que lo saca de sus casillas y que a veces parece como si realmente el tío quisiera aporrear a Júpiter.

-Tía Polly, eso sobrepasa cuanto he oído... ¡Si el tío Silas es suave como un panqueque! -De cualquier manera Sally está muy preocupada y dice que él parece otro hombre por culpa de toda esa cuestión, que se ha convertido en el comentario de los vecinos, que le echan la culpa a Silas, por supuesto, porque dicen que es un predicador y no debería mezclarse en esas disputas. Tu tía dice que ahora detesta tener que subir al púlpito, de tan avergonzado que se siente. La gente *se* ha enfriado con él y ya no goza de la popularidad de antes.

-Pues bien, tía Polly, ¿no es raro todo eso? El tío Silas fue siempre bueno y cariñoso, si bien un poco ingenuo. ¡Un ángel, tía! ¿Qué cree usted que puede haberle pasado?

CAPÍTULO II
JAKE DUNLAP

Tuvimos muchísima suerte porque, por casualidad, conseguimos un barco de ruedas que venía del Norte y se dirigía a uno de los riachos de Luisiana; de modo que pudimos recorrer el alto y bajo Misisipí hasta la granja de Arkansas sin tener que trasbordar en San Luis. Recorrimos, por lo tanto, unas mil millas de un tirón.

En el barco, casi vacío, había pocos pasajeros, todos viejos, que se sentaron aparte, formando una rueda, y se lo pasaron dormitando, muy quietos. Demoramos cuatro días en salir del alto río, pues tocábamos fondo casi siempre. Pero el viaje no resultó aburrido. No podía serlo, desde luego, para muchachos que, como nosotros, estaban viajando.

Desde el comienzo de la travesía nos dimos cuenta de que había alguien enfermo en el camarote. contiguo al nuestro porque los camareros le lleva- ban siempre la comida. Pronto empezamos a hacerle preguntas al mozo, quien nos respondió que el pasajero no parecía enfermo,

-Está bien; pero, ¿no está enfermo?

-No sé; tal vez lo esté, aunque tal vez lo finge. -¿Por qué piensa eso?

-Porque si lo estuviera se quitaría la ropa en algún momento, ¿no le parece? Pues bien; éste no lo hace. Por lo menos jamás se quita las botas.

-¡Caramba! ¿Ni siquiera cuando se acuesta?

-No.

Tom tenía sus manías... y el misterio era una de ellas. Si delante de nosotros alguien pusiera un misterio y un pastel, no necesitaría consultarnos qué elegiríamos porque la cosa quedaría inmediatamente resuelta: yo corro siempre a tomar el pastel mientras Tom prefiere el misterio. En fin, cada uno es como es, *y* mejor que sea así. Tom le preguntó al camarero:

-¿Cómo se llama ese hombre?

-Phillips.

-¿Dónde subió?

-Creo que en Alejandría, allá en Iowa. -¿Qué le parece que está representando? -No tengo la menor idea. No se me ocurrió pensar en ello.

"He aquí otro que elegiría el pastel", me dije. -¿Notó algo raro en él, en su manera de actuar o de hablar?

-No, nada, salvo que parece asustado. Se mantiene encerrado día y noche y cuando se le golpea a la puerta no deja entrar a nadie sin abrirla antes un poco y fijarse en quién es.

-¡por todos los diablos, qué interesante! Me gustaría echarle un vistazo. Oiga usted, la próxima vez que entre en su camarote podría dejar la puerta entreabierta y...

-¡Ah, no' El hombre está siempre detrás de la puerta y terminaría con el juego.

Tom meditó el asunto un rato y sugirió: -Mire usted; présteme su delantal *y* déjeme entrar mañana con el desayuno. Le daré veinticinco centavos.

El mozo estaba dispuesto a aceptar el ofrecimiento con tal de que el mayordomo no pusiera ningún inconveniente. Tom se mostró de acuerdo y le dijo que arreglaría el asunto con el mayordomo. Así fue *y* a la mañana siguiente, provistos de delantales y la bandeja del desayuno, entraríamos los dos en el camarote.

Esa noche Tom no durmió mucho, dándole vueltas al asunto y tratando de develar el misterio de Phillips. Más aún; se lo pasó conjeturando toda la noche, lo cual no conducía a nada útil porque cuando se está por descubrir algo, ¿qué sentido tiene estar adivinando lo que va a ocurrir y gastar las municiones antes? En cuanto a mí, no perdí el sueño; me importaba un bledo lo que le pasaba a ese señor Phillips.

Pues bien; a la mañana siguiente nos pusimos los delantales y conseguimos un par de bandejas. Cuando Tom golpeó a la puerta el hombre la entreabrió, nos dejó entrar y volvió a cerrarla rápidamente. ¡Por todos los diablos! No bien lo vimos casi se nos caen las bandejas. Tom exclamó:



-¡Santo Cielo! ¡Si es Júpiter Dunlap! ¿De dónde viene?

El hombre se quedó sorprendido, por supuesto, no sabiendo al principio si asustarse o ponerse contento, o las dos cosas a la vez. Por último mostró su alegría. Entonces recuperó el color, pues se había puesto blanco, y mientras tomaba el desayuno nos explicó:

-No soy Júpiter Dunlap. En seguida os diré quién soy, aunque, si me juráis guardar el secreto, os diré que tampoco soy Phillips.

-Lo guardaremos -replicó Tom-; aunque, en realidad, no es necesario que nos diga quién es si no es Júpiter Dunlap.

-¿Por qué?

-Porque si no es él, entonces es el otro gemelo, Jake. Es usted la vívida imagen de Júpiter.

-Tienes razón; soy Jake; pero, ¿cómo conoces tú a los Dunlaps?

Tom le refirió las aventuras que vivimos el año anterior en casa de su tío Silas, y cuando vio que estábamos al tanto de todo lo ocurrido a él y a su familia, se sinceró abierta y cándidamente. No tuvo ningún empacho en hablar de sí mismo, diciéndonos que había tenido muy mala suerte, que la seguía teniendo y que lo perseguiría hasta el fin de

Librodot.com

sus días. Desde luego -nos explicó-, la suya había sido una vida muy peligrosa. Se quedó expectante un rato y levantó la cabeza como alguien que está al acecho. Nosotros no dijimos nada por lo que, durante uno o dos segundos no se oyó más que el crujido del maderamen del barco y el ruido de la máquina, allá abajo.

Lo consolamos de nuevo, hablándole de su gente, de cómo había muerto hace tres años la mujer de Brace y de que éste quería casarse con Benny, pero que ella lo había rechazado. También le contamos que Júpiter estaba trabajando para el tío Silas y que los dos se peleaban todo el tiempo. Jake se puso a reír.

-¡Caramba! Oír todo eso es recordar tiempos pasados. ¡Y qué bien me hace[1]! Han transcurrido más de siete años desde la última vez que oí hablar de ellos. ¿Y qué dicen de mí ahora?

-¿Quiénes?

-Los granjeros. .. y la familia.

-Pues no dicen nada; por lo menos una sola vez oí que lo mencionaban, hace mucho tiempo.

-¡Demonios! -exclamó, sorprendido-. ¿Y por qué?

-Porque creen que usted murió hace mucho.

-¡No! ¿Me estás diciendo la verdad? ¿Me das tu palabra de caballero? -Y se puso de pie, de un salto, tremendamente nervioso.

-Palabra de caballero. Nadie cree que está usted vivo.

-Entonces estoy salvado. ¡Salvado, de seguro! Volveré a casa, me esconderán y salvaré la vida. Guardad el secreto. Juradme que lo guardaréis; que nunca, nunca, hablaréis de mí. ¡Ah, muchachos, sed buenos con este pobre diablo, perseguido día y noche sin poder asomar la cara! Nunca os he hecho mal y nunca os lo haré, como que Dios está en el Cielo. Juradme que seréis buenos conmigo y que me ayudaréis a salvarme la vida.

Aunque hubiera sido un perro habríamos jurado igual, y así cumplimos con lo que nos pidió. El pobre diablo no sabía cómo mostrarnos su cariño *y* gratitud. Poco faltó para que nos abrazara.

Seguimos hablando un rato largo, hasta que Jake sacó un pequeño maletín y comenzó a abrirlo, pidiéndonos que nos pusiéramos de espalda. Así lo hicimos y cuando nos dijo que nos diéramos vuelta vimos que era otra persona completamente distinta de la que habíamos visto antes. Se había puesto unos anteojos oscuros, largos bigotes y patillas de color castaño, las más largas que he visto. Nos preguntó si ahora se parecía a su hermano Júpiter.

-No -respondió Tom-. Para nada, salvo el pelo largo.

-Está bien; me lo cortaré antes de llegar allá. Mi hermano y Brace guardarán el secreto y viviré con ellos como un forastero. Los vecinos jamás adivinarán quién soy. ¿Qué piensas tú?

Tom quedóse meditando un rato y luego respondió:

-Por supuesto, Huck y yo guardaremos el secreto; pero si usted no lo guarda también será un poco arriesgado. Quiero decir, cuando usted hable, ¿no notará la gente que su voz se parece a la de Júpiter y no se acordarán del gemelo que creían muerto y que quizá estuvo escondido durante todo ese tiempo con otro nombre?

-¡Caramba, qué listo eres! -exclamó-. Tienes razón. Tendré que representar el papel de sordomudo cuando haya algún vecino a la vista. ¡Mira si hubiera ido a mi casa olvidando ese detalle! Claro que yo no pensaba volver a casa sino a cualquier lugar lejos de todos esos tipos que me persiguen. Mi intención era servirme de este disfraz y ponerme una ropa distinta.

De un salto se acercó a la puerta y pegó la orejacontra ella, escuchando, pálido y como jadeando, Al rato susurró:

-Sonó como un tiro. ; Dios mío, qué vida llevo! Se echó en la silla, hecho un guiñapo, y se secó el sudor de la cara.

CAPÍTULO III
EL ROBO DE LOS DIAMANTES

A partir de ese momento estuvimos con él la mayor parte del tiempo y uno de nosotros dos dormía en la litera de arriba. Contábanos Jake que había estado muy solo durante mucho tiempo y que le resultaba un consuelo tener compañía, alguien con quien hablar de sus dificultades. Estábamos sumamente ouriosos por averiguar cuál era su secreto, pero Tom sostenía que lo mejor era no mostrarse ansioso, pues de esa manera él mismo nos lo contaría en una de sus charlas. En cambio, si lo acosábamos a preguntas, se tornaría suspicaz y se encerraría en su silencio. Y así ocurrió. No era difícil darse cuenta de que quería comunicarnos su secreto; pero, al principio, cada vez que parecía dispuesto a hacerlo, comenzaba a hablar de otra cosa. El modo como abordó el asunto fue el siguiente: empezó por hacernos preguntas en tono indiferente acerca de los pasajeros y nosotros le respondimos. Pero no se quedó satisfecho, pues no le dábamos muchos detalles *y* nos pidió que los describiéramos. Tom cumplió con su deseo y, por último, mientras describía a uno de los más harapientos y toscos, Jake se estremeció y casi con voz ahogada, exclamó:

-¡Oh, Dios mío, es uno de ellos! Seguramente que están a bordo. Ya lo sabía. Confiaba en que me vería libre de ellos, pero nunca lo creí. Continúa, muchacho.

Después, mientras Tom describía otro pasajero andrajoso y sarnoso, volvió a estremecerse y nos dijo:

-¡Ése es el otro! ¡Ojalá tengamos una noche oscura y tormentosa para poder bajar a tierra! Ya veis, me están espiando. Seguramente que aprovecharon el derecho que tienen de comprar bebidas en el bar de allá arriba para sobornar a alguien a fin de que me vigile: al camarero, o al limpiabotas, o a cualquier otro. Si pudiera deslizarme a tierra sin que nadie me viese lo sabrían después de pasada una hora.

Siguió divagando un rato hasta que pronto abordó el tema principal:

-Se trataba de un cuento del tío *y* lo pusimos en práctica en una joyería de San Luis. Estábamos a la caza de un par de diamantes, magníficos y grandes, del tamaño de avellanas, que todo el mundo iba a ver. Nos vestimos elegantemente y cumplimos nuestra tarea a la luz del día. Pedirnos que nos enviaran los diamantes al hotel, por si los comprábamos. Mientras los examinábamos los cambiamos por otros falsos, que fueron los que volvieron a la joyería cuando dijimos que no nos parecían tan finos como para que valieran doce mil dólares.

-¡Doce mil dólares! -exclamó Tom-. ¿Cree usted que realmente valían todo ese dinero? -Hasta el último centavo.

-¿Y ustedes se dieron a la fuga con los diamantes?

-Con la mayor facilidad. No creo que los joyeros se hayan dado cuenta aún del robo. Desde luego, no habría sido sensato quedarse en San Luis, por lo que decidimos irnos. Uno sugirió alejarse hacia un sitio, otro opinó lo contrario, de manera que decidimos echarlo a cara o cruz y ganó el alto Misisipí. Envolvimos los diamantes en un papel, escribimos nuestros nombres encima y lo dejamos en custodia al empleado del hotel, diciéndole que no lo entregara a ninguno de nosotros sin que estuvieran los otros dos presentes. Después cada. uno se fue por su lado porque sospecho que los tres teníamos la misma intención. No lo sé con seguridad, pero pienso que cada uno tenía su propia idea.

-¿Cuál? -preguntó Tom…

-Robar a los otros.

-¡Cómo! ¿Apoderarse uno solo del robo cuando todos habían contribuido por igual?

-Exactamente.

La respuesta asqueó a Tom, quien dijo que era lo más bajo y ruin que había oído en su vida; pero Jake Dunlap le explicó que eso era muy frecuente en la profesión, agregando que

cuando una persona se dedica a esas actividades debe cuidar por sí misma porque nadie lo hará por él. Después continuó diciendo:

-Como comprenderéis, resulta imposible dividir dos diamantes en tres partes. De haber sido dos nosotros la cosa habría sido distinta, pero no vale la pena pensar en ello. No había tres diamantes. Estuve dando vueltas por varias calles, pensando en el asunto y diciéndome por lo bajo: en la primera oportunidad que se me presente me apoderaré de los diamantes; me haré de un disfraz, me zafaré de los muchachos y cuando esté a salvo me los pondré. ¡Y que me encuentren si son capaces! Por lo tanto, compré las patillas, los anteojos oscuros y estas ropas de paisano y metí todo en un maletín. Cuando pasaba frente a una tienda donde venden toda clase de objetos, eché un vistazo a su interior y a través de la vidriera vi a Bud Dixon, uno de mis compañeros. Me alegró encontrarlo ahí. Bien, me dije, veamos qué está haciendo. Me quedé en la oscuridad, observándolo. ¿Qué te parece que estaba comprando?

-¿Patillas? -pregunté yo.

-No.

-¿Anteojos oscuros?

-No.

-¡Oh, por favor, Huck Finn, cállate! No haces más que estorbar todo lo que puedes. Dígame, Jake, ¿qué es lo que estaba comprando ese hombre?

-Jamás lo adivinarías. Nada más que un destornillador, un destornillador pequeñito.

-¿Y para qué lo querría, pregunto yo? -Eso es lo mismo que pensé yo. La cosa resultaba curiosa y me dejó estupefacto.

¿Para qué podría necesitarlo?, me dije. Cuando salió del negocio me hice a un lado para que no me viera y le seguí los pasos hasta una tienda de segunda mano, donde compró una camisa de franela roja y varias ropas andrajosas, las mismas que tiene ahora, según lo has descrito. Entonces me dirigí al muelle y oculté mis cosas a bordo del barco que tomamos, para remontar el río. Después volví a tierra y otra vez me ayudó la fortuna. Vi al tercer compinche comprando ropa de segunda mano. Recogimos los diamantes y regresamos al barco. Pero los tres estábamos en un brete porque ninguno podía irse a la cama. Teníamos que estar vigilándonos continuamente. Fue una lástima habernos metido en ese asunto porque estábamos enemistados desde hacía un par de semanas y sólo nos amigamos para llevar adelante el negocio. Y lo peor era que sólo había dos diamantes para repartir entre tres. Primero cenamos juntos y después paseamos por la cubierta, fumando hasta medianoche. Luego bajamos a mi camarote, cerramos las puertas y echamos un vistazo al papel para asegurarnos de que los diamantes continuaban ahí. Colocamos el envoltorio en la litera de abajo, a la vista de todos, *y* ahí nos quedamos horas y horas, aunque a veces resultaba terrible mantenerse despierto. Por último Bud Dixon se quedó dormido. No bien se puso a roncar, con un ronquido que parecía que iba a durar un buen rato y la barbilla se le cayó sobre el pecho, Hal Clayton me señaló con la cabeza los diamantes, primero, y después la puerta, y comprendí. Me acerqué y tomé el envoltorio; nos quedamos de pie, en silencio, aguardando en perfecta calma. Bud no se movió en absoluto; di vuelta a la llave de la puerta muy lentamente, hice girar el picaporte y salimos de puntillas, cerrando la puerta sin hacer el menor ruido.

No divisamos a nadie; el barco se deslizaba velozmente, en medio de la noche, con una luna esfumada. No pronunciamos una sola palabra y nos dirigimos al puente superior, en la popa, sentándonos en el extremo de la claraboya. Los dos sabíamos cuáles eran nuestras intenciones sin necesidad de darnos explicaciones. Bud Dixon se despertaría y echaría de menos el envoltorio, producto del robo, y vendría directamente a nosotros, pues no le tenía miedo a nadie ni a nada. Cuando llegara lo arrojaríamos por la borda o moriríamos intentándolo, lo cual me hizo estremecer porque no soy tan valiente como otros. Pero si dejaba traslucir mi miedo..., bueno, lo mejor era no demostrarlo. ¡Ojalá el barco se aproximara a tierra en algún sitio! Podríamos lanzarnos a la orilla para no tener que correr el riesgo de una pelea. Le tenía mucho miedo a Bud Dixon, y como el barco se encontraba en

alto río, no había la menor posibilidad de que nos acercáramos a tierra.

El tiempo pasaba y el tipo no venía. Comenzó a despuntar el día y Bud Dixon no se hizo ver.

-¡Por todos los diablos! -le dije a Clayton-. ¿No te parece sospechoso?

-¡Caramba! -me respondió-. ¿Crees que se estará burlando de nosotros? Abre el envoltorio.

Así lo hice y sólo encontramos un par de terrones de azúcar. ¡Por eso se había quedado Bud roncando toda la noche, lo más tranquilo! Tipo listo, ¿verdad? Había hecho dos paquetes iguales y cambió uno por el otro delante de nuestras narices.

El asunto nos dejó helados; pero lo que había que urdir, urgentemente, era un plan y así lo hicimos. Volveríamos a dejar el envoltorio tal cual estaba, colocándolo en la litera, como si nada supiéramos de la treta, como no dando a entender que Bud se estaba riendo de nosotros detrás de sus ronquidos. Lo vigilaríamos y, cuando bajáramos a tierra, después de haberlo emborrachado lo registraríamos hasta dar con los diamantes. Luego lo liquidaríamos, si no resultaba demasiado arriesgado. Una vez recuperadas las piedras no quedaba más remedio que terminar con él porque de lo contrario él nos perseguiría hasta terminar con nosotros. Pero yo no tenía muchas esperanzas; cierto es que podríamos emborracharlo -siempre estaba dispuesto a hacerlo- pero, ¿de qué serviría? Por más que lo registráramos durante un año jamás encontraríamos los diamantes.

En ese preciso momento se me ocurrió una idea que me había estado dando vueltas por la cabeza y me devanaba los sesos. De pronto me puse contento y feliz. Un rato antes me había quitado las botas para aliviarme los pies y estaba por ponerme una cuando le eché un vistazo a los tacos. Me quedé sin aliento. ¿Recordáis lo perplejo que me quedé cuando lo vi comprar un destornillador?

-Claro que me acuerdo -respondió Tom, excitadísimo.

-Pues bien; cuando miré los tacos se me ocurrió pensar que ya sabía dónde había escondido los diamantes. Fijaos en este taco: debajo tiene una chapa de acero sujeta por tornillos. En todo lo que llevaba puesto ese individuo sólo había tornillos en los tacos de sus botas, de modo que si necesitaba un destornillador ya sabía en qué podía emplearlo.

-¿Te das cuenta, Huck? ¡Es colosal! -exclamó Tom.

-Me puse las botas y bajamos a la litera para dejar el envoltorio, sentándonos, sin hacer el menor ruido y escuchando los ronquidos de Bud Dixon. Hal Clayton se quedó dormido en seguida pero yo no. Estuve despierto como nunca, espiando por debajo del ala de mi sombrero, escudriñando el piso en busca de algo hecho con cuero. Me llevó bastante tiempo, y ya estaba por creer que mis suposiciones eran infundadas, cuando de golpe algo me llamó la atención, algo que se encontraba junto a la mampara, casi del color de la alfombra. Era algo pequeño y redondo, grueso, como la yema del dedo meñique y pensé: "Ahí dentro está el nido donde se halla un diamante". Antes de que pasara mucho tiempo descubrí el compañero de ese objeto.

Figuraos la viveza y la frialdad de ese bandido. Había concebido su plan sabiendo bien lo que haríamos, y nosotros lo cumplimos al pie de la letra como dos chorlitos. Llegado el momento destornilló la chapa de sus tacos, cortó la suela, le quitó las chapas, colocó los diamantes y volvió a atornillar las chapas. Estaba seguro de que nosotros robaríamos el envoltorio, esperaríamos toda la noche hasta que él se acercara a nosotros y lo echa-riamos al mar. ¡Y por todos los diablos que fue eso justamente lo que pensamos hacer! Creo que el sujeto era tremendamente listo.

-Ya lo creo que sí; puede usted apostar su vida -manifestó Tom, lleno de admiración.

CAPÍTULO IV
LOS TRES DURMIENTES

Pues bien; durante todo el día estuvimos representando la comedia de vigilarnos mutuamente, lo cual resultó bastante tedioso y difícil para dos de nosotros. Estaba anocheciendo cuando bajamos a tierra en un pueblito de Misuri, cercano a Iowa. Comimos en una taberna *y* alquilamos un cuarto, en el piso de arriba, que tenía un catre *y* una cama camera. Escondí mi maleta debajo de una mesa de pino en el vestíbulo oscuro y nos encaminamos en fila hasta el dormitorio. Yo iba detrás de todos *y* el tabernero delante de nosotros, iluminándonos con una vela de sebo. Hicimos subir una botella de whisky y comenzamos a jugar por monedas. No bien el alcohol surtió efecto en Bud, dejamos de beber, aunque a él le seguimos dando más hasta que, repleto de whisky, se cayó de la silla y empezó a roncar.

Entonces nos dispusimos a emprender nuestra faena. Díjele a Clayton que lo mejor sería quitarnos las botas para no hacer ruido *y* quitárselas también a Bud para poder registrarlo completamente sin molestia alguna. Y así se hizo. Coloqué mis botas junto a las de Bud, a fin de tenerlas a mano. Luego lo desnudamos y le revisamos las costuras, los bolsillos, las medias y el interior de las botas y todo lo demás, incluido el atado de ropa que llevaba, pero no encontramos ningún diamante; nada más que el destornillador. Hal me preguntó para qué llevaría Bud esa herramienta, respondiéndole yo que lo ignoraba por completo. En un momento que no me miró, me la puse en el bolsillo. Por último, Hal se dio por vencido y eso era justamente lo que yo estaba esperando.

-Hay un lugar donde no hemos registrado.

-¿Cuál? -me preguntó.

-El estómago.

-¡Por Dios! ¡No había pensado en eso! ¡Hemos dado en el blanco, seguramente! Pero, ¿cómo nos vamos a arreglar?

-Pues muy fácilmente -respondí-. Tú te quedas aquí y yo me voy a una farmacia donde encontraré algo que hará que los diamantes se aburran de estar ahí encerrados.

Hal reconoció que ésa era la solución y, mientras me miraba fijamente, me deslicé en las botas de Bud en lugar de las mías, sin que se diera cuenta. Me quedaban un poco grandes, lo cual era mejor que si hubieran resultado chicas. Tomé mi maleta 'y atravesé el vestíbulo. En menos de un minuto me encontraba en la calle y comencé a correr por la costa a razón de cinco millas por hora.

Por suerte los diamantes que llevaba en las botas no me hacían doler. Cuando anduve un cuarto de hora pensé que ya había dejado una milla detrás de mí. Todo estaba tranquilo. En otros quince minutos estaría más lejos aún. Allá quedaba un hombre pensando qué me habría pasado. Cinco minutos más y el hombre se estaría poniendo incómodo, caminando por el cuarto. Cinco minutos después había dejado yo detrás dos millas y media. El hombre estaría terriblemente preocupado. A los cuarenta minutos se habría dado cuenta. de que algo había pasado. Cincuenta minutos..., la verdad ha aparecido delante de él: pensará que yo encontré los diamantes cuando lo registramos a Bud, me los puse en el bolsillo, lo engañé..., y en este momento debe de haber salido en mi persecución. Buscará mis huellas entre el polvo, pero no podrá saber bien si he ido río abajo o río arriba.

En ese momento vi a un hombre que venía montado en una mula y, antes de pensarlo, di un salto entre los arbustos. Lo que hice fue bastante estúpido porque el hombre se detuvo y esperó a que yo saliera. Después prosiguió su marcha, pero yo ya no me sentía tan contento como antes porque si el sujeto ése se encontraba con Hal Clayton, mis planes de huir se vendrían abajo.

Bien; a eso de las tres de la mañana llegué a Alejandría y me causó gran contento ver

este barco porque me sentí perfectamente a salvo. En ese instante comenzó a clarear. Subí a bordo, tomé este camarote, me puse estas ropas y subí a la cabina del piloto para vigilar, aunque no fue necesario. Me instalé ahí y, mientras esperaba que el barco zarpara, estuve jugando con los diamantes. Pero el barco no zarpaba. Como comprenderéis, estaban reparando las máquinas, pero yo de eso no sabía nada porque no estoy acostumbrado a viajar por el río.

En resumen; no salimos hasta mediodía y mucho antes de esa hora me oculté en este camarote, pues momentos previos al desayuno vi que venía un hombre que caminaba igual que Hal Clayton y comencé a sentirme mal. Pensé que si me descubría a bordo me atraparía como a una rata en la ratonera. Lo único que el tipo tenía que hacer era vigilarme y esperar. .. esperar hasta que yo bajara a tierra, creyéndole a miles de millas de distancia, seguirme los pasos, llevarme a algún sitio *y* obligarme a que le devolviera los diamantes. Después.. . ¡diablos si sabría yo qué haría conmigo! Era espantoso. ¡Y ahora ya sé que el otro está aquí, a bordo! ¿No es tener mala suerte, muchachos? Pero vosotros me ayudaréis, ¿verdad ? ¡Ah, chicos, sed buenos con este pobre diablo condenado a muerte y salvadme! ¡Os prometo venerar la tierra que piséis!

Lo calmamos explicándole que haríamos todo lo posible por ayudarlo y que no tuviera miedo. Poco a poco se tranquilizó, destornilló los tacos y sacando los diamantes se puso a contemplarlos desde distintos ángulos, cada vez más admirado y encantado. Cuando les daba la luz eran bellísimos, como si despidieran fuego a su alrededor. De cualquier manera, juzgué que ese hombre era un tonto. De haber estado yo en su lugar habría entregado los diamantes a sus compinches, los hubiera dejado desembarcar y que me dejaran en paz. Pero él era de otra pasta, diciéndonos que se trataba de una enorme fortuna y que de ninguna manera aceptaba lo que yo le proponía.

El barco se detuvo dos veces, durante un largo rato, para reparar la maquinaria: una por la noche, cuando aún no estaba demasiado oscuro, por lo que el hombre tuvo miedo de desembarcar. Pero a la tercera la ocasión se presentó propicia. Nos detuvimos junto a un depósito de madera a unas cuarenta millas de la casa del tío Silas. Era un poco más de la una de la madrugada: la noche estaba encapotada y anunciaba tormenta, por lo que Jake juzgó conveniente aprovechar la oportunidad para bajar. El barco comenzó a cargar leña y poco después se desencadenó la lluvia y empezó a soplar violentamente el viento. Por supuesto, cada uno de los marineros se puso de go-rra una bolsa, como cuando se carga leña. Le pusimos una a Jake y se dirigió a popa con su maleta de mano y empezó a caminar como los demás, bajando a tierra con ellos. Cuando vimos que trasponía el farol encendido y que lo devoraba la oscuridad, respiramos tranquilamente, contentos y felices. Pero la alegría no nos iba a durar mucho pues, a causa seguramente de algún soplón, transcurridos ocho o diez minutos, dos sujetos surgieron veloces y se lanzaron a tierra y desaparecieron. Nos quedamos firmes hasta el amanecer, en la esperanza de que regresaran, pero ninguno volvió. Nos sentimos sumamente apenados y deprimidos. En lo único que confiábamos era en que Jake hubiera corrido de tal manera que los otros dos no pudieran seguirle la pista, y que para .ese momento se encontrara escondido *y* a salvo en casa de su hermano.

Su intención era tomar el camino de la costa; nos dijo que averiguáramos por nuestra cuenta si Brace y Júpiter se encontraban en su casa, sin ningún forastero. En ese caso debíamos salir al anochecer e informarle. Nos esperaría en el bosquecillo de sicomoros que está justo detrás de la plantación de tabaco que posee el tío Silas, junto al camino costero, pues era ése un lugar solitario.

Durante un largo rato estuvimos hablando acerca de las oportunidades que se le habrían presentado a Jake para lograr sus propósitos. Según Tom, todo marcharía bien si sus compinches se dirigían río arriba en lugar de río abajo; pero tal cosa era improbable porque seguramente deberían suponer hacia dónde partió. Lo más probable era que hubieran tomado la dirección correcta y después de perseguirlo todo el día sin que él lo sospechara, lo matarían

al caer la noche, despojándolo de sus botas. De modo que nos quedamos muy apenados.

CAPÍTULO V
TRAGEDIA EN EL BOSQUE

La reparación de las máquinas no quedó lista hasta muy avanzada la tarde, de modo que estábamos tan cerca de la puesta del sol cuando llegamos a casa que no nos detuvimos en el camino sino que fuimos directamente al bosque de sicomoros para explicarle a Jake las causas de nuestra demora y decirle que nos esperara hasta que pudiéramos ir a la casa de Brace para saber cómo estaban las cosas. Era ya noche oscura cuando dimos la vuelta al bosque y llegamos sudando y jadeando, después de una rápida carrera, a unas treinta yardas de los árboles. Vimos entonces a dos hombres que se internaban rápidamente entre ellos y oímos dos o tres gritos espantosos pidiendo socorro.

-¡Pobre Jake! -dijimos-. Seguramente lo han matado.

Estábamos terriblemente asustados y corrimos a escondernos en el tabacal, temblando de tal manera que la ropa parecía caérsenos. No bien llegamos cuando vimos a dos hombres que se internaban también en el bosquecillo y al instante otros cuatro que salían corriendo por la carretera a todo lo que daban; dos de ellos perseguían a los otros dos.

Nos tiramos al suelo, aterrorizados, procurando escuchar nuevos ruidos, pero lo único que se oía era el latido de nuestros corazones. Pensamos en que algo terrible habría ocurrido más allá de los sicomoros y nos pareció sentirnos frente a un fantasma, lo que me hizo temblar. Surgió la luna, poderosa, enorme, redonda y brillante, detrás de las copas de los árboles, como una cara asomada entre los barrotes de una cárcel. En torno nuestro se extendían sombras oscuras y sitios blancos. Todo resultaba de una calma terrible, la cual, entre la brisa nocturna confería al lugar un aspecto sepulcral que asustaba. De golpe Tom me dijo:

-¡Fíjate! ¿Qué es eso?

-¡Por favor! -le respondí-. No tomes de sorpresa a la gente de esa manera. Casi me muero sin necesidad de que me mates tú.

-Fíjate, te digo. Algo sale de los sicomoros.

-¡No, Tom!

-¡Es terriblemente alto!

-¡Ay, Dios mío, Dios mío! Vayám... -Quédate quieto. Viene hacia aquí.

Tom estaba tan excitado que apenas si podía respirar para hablar en voz baja. No tuve más remedio que mirar. Los dos estábamos arrodillados con la barbilla apoyada en la cerca, escudriñando, jadeantes. La cosa venía por la carretera, entre la sombra de los árboles y no la pudimos ver bien hasta que se acercó a nosotros. Entonces se detuvo en medio de un brillante círculo de luz. Tom y yo nos precipitamos al suelo... ¡Era el fantasma de Jake Dunlap! Eso fue lo que pensamos.

Durante unos dos minutos nos quedamos inmóviles. Después la cosa desapareció. Comenzamos a hablar en voz baja y Tom me dijo:

-Los fantasmas por lo general son confusos, como si estuvieran hechos de humo o de niebla. Pero éste era distinto.

-No -le respondí-. Pude verle perfectamente bien los anteojos oscuros y las patillas.

-Sí, y los colores son los que llevan los paisanos cuando se ponen sus trajes domingueros; pantalones a cuadros verdes y negros.

-Y chaleco de terciopelo de algodón, con cuadros rojos y amarillos.

-Y tiradores de cuero prendidos a los botones de los pantalones. Uno de ellos está sin abotonar...

-Sí, y ese sombrero...

-¡Vaya sombrero para que lo use un fantasma!

Como comprenderéis, ésa era la primera vez que se usaban sombreros así, de alas negras y rígidas, como chimenea, y la copa redonda, como pan de azúcar.

-Huck, ¿te fijaste si el pelo era el mismo? -No, al principio creí que sí, pero después me pareció que no.

-Tampoco yo lo vi bien, aunque noté que llevaba su maletín.

-También yo. Tom, ¿puede haber maletines para fantasmas?

-¡Claro! No soy tan ignorante como tú, Huck Finn. Cualquier cosa que lleve un fantasma se convierte en fantasmal. Tienen que usar esas cosas, como cualquier otro. Ya ves, la ropa también ha adquirido un carácter fantasmagórico; ¿por qué, entonces, no habría de tenerlo su maletín?

Ahí Tom tenía razón y su argumento resultaba indiscutible. En ese momento pasaron charlando Bill Withers y su hermano Jack; este último le preguntó:

-¿Qué te parece que llevaba en los hombros?

-No sé, pero parecía bastante pesado.

-Sí, todo lo que podía cargar. Algún vago que estuvo robando maíz al viejo Silas.

-Es lo que supuse; por eso me pareció que lo mejor era no mirarlo.

-Lo mismo pensé yo.

Después se echaron a reír y continuaron su marcha sin que se les pudiera oír. La conversación dejaba traslucir la impopularidad de que gozaba entonces el tío Silas: no habrían permitido que un vago le robara maíz sin hacer nada.

Volvimos a oír más voces que se acercaban, cada vez más fuertes, alternadas con estallidos de risa. Eran Lem Beebe y Jim Lane. Este último decía:

-¿Quién? ¿Júpiter. Dunlap?

-Sí.



-¡Ah, no lo sé! Lo vi cavando hace una hora, justo antes de ponerse el sol. Estaba con el párroco Silas. Dijo que no iría esta noche pero, si necesitábamos el perro, podíamos llevarlo.

-Creo que estaba demasiado cansado.

-Puedes apostar que sí.

Se rieron otra vez y continuaron su marcha. Tom dijo que lo mejor era salir de nuestro escondite y seguirlos porque llevaban nuestro camino y no hubiera sido nada agradable toparnos solos con el fantasma. Así lo hicimos y llegamos perfectamente a casa.

Esa noche era un sábado, el 2 de septiembre. Jamás la olvidaré. Y en seguida sabréis por qué.

CAPÍTULO VI
PROYECTQS PARA ASEGURAR LOS DIAMANTES

Seguimos caminando detrás de Jim y Lem hasta que llegamos a la parte trasera de la cabaña donde estuvo cautivo Jim, en la época en que lo liberamos. Los perros salieron a saludarnos y la casa tenía las luces encendidas, por lo que ya no sentimos miedo. En el momento en que íbamos a entrar, me dijo Tom:

-Aguarda un poco. Sentémonos aquí un minuto. ¡Ah!

-¿Qué pasa? -le pregunté.

-Algo bastante importante. ¿Esperabas, seguramente, que fuéramos nosotros los primeros en informar a la familia sobre quién fue asesinado allá entre los sicomoros y los canallas que cometieron el crimen y describirlo todo lo mejor posible para cubrirnos de gloria por ser los únicos que sabemos más que nadie del asunto?

-¡Por supuesto! No serías Tom Sawyer si dejaras escapar semejante oportunidad. En cuanto a describir el asunto, nadie podrá hacerlo mejor que tú si deseas hacerlo.

-Pues bien -contestó, con toda calma-; ¿qué pensarías si te digo que no voy a hacer nada de eso?

Me quedé estupefacto al oírle hablar de esa manera y le respondí:

-Diría que mientes. No estás hablando en serio, Tom.

-Pronto lo verás. ¿Estaba descalzo el fantasma?

-No. ¿Y eso qué tiene que ver?

-Espera un poco y te darás cuenta. ¿Tenía las botas puestas?

-Sí, las vi perfectamente bien.

-¿Lo juras?

-Claro que lo juro.

-También yo. Ahora bien, ¿sabes qué significa eso?

-No. ¿Qué quiere decir?

-Que los ladrones no *se apoderaron de los diamantes.*

-¡Demonios! ¿Qué es lo que te hace pensar así?

-No sólo lo pienso sino que lo sé. Dime, ¿acaso todo lo que llevaba puesto, los anteojos oscuros, las patillas y el maletín no se habían convertido en fantasmagóricos? Eso demuestra que si las botas se convirtieron en fantasmas también fue porque las llevaba puestas cuando comenzó a vagabundear por ahí, y si eso no es una prueba de que los bandidos no se llevaron las botas, quisiera saber a qué llamas una prueba.

Ahora pensad en esas palabras. Jamás he visto una cabeza como la que tenía ese muchacho. He visto muchas cosas con mis propios ojos pero nunca significaban nada para mí. Pero Tom Sawyer era distinto. Cuando veía algo, era como si la cosa se parara en sus patas traseras y le hablara, como si le contara todo lo que sabía. Nunca vi una cabeza como la suya.

-Tom Sawyer -agregué-, te lo digo de nuevo como te lo he dicho tantas veces en otras ocacsiones: no soy digno siquiera de lustrarte las botas. Está bien. Dios Todopoderoso nos creó a todos; a unos les dio ojos ciegos y a otros ojos que saben ver, y no nos corresponde a nosotros juzgarlo. Así debe ser porque de lo contrario Él no lo hubiera hecho. Continúa; ahora veo claramente que los ladrones no huyeron con los diamantes. ¿Me puedes explicar por qué?

-Porque antes de que pudieran hacerlo fueron ahuyentados por los otros dos hombres.

-¡Claro! Ahora me doy cuenta. Pero dime, ¿por qué no vamos a decir nada del asunto?

-¡Por todos los diablos, Huck Finn! ¿No ves por qué? Fíjate en lo que puede ocurrir. Mañana por la mañana habrá una investigación; los dos hombres dirán que oyeron los gritos y se precipitaron, pero que no llegaron a tiempo para salvar al forastero. Los jurados hablarán

hasta por los codos y por último dictarán el veredicto de que la víctima fue asesinada de un tiro, o de un golpe En la cabeza, y que la muerte le sobrevino por designio de Dios. Después lo enterrarán y venderán en subasta pública todas sus pertenencias para pagar los gastos del entierro, y ahí tendremos nuestra oportunidad.

-¿De qué manera, Tom?

-Comprando las botas del muerto por dos dólares.

Casi me quedo sin aliento.

-¡Diablos, Tom!... ¿Entonces nos quedaremos con los diamantes?

-Puedes apostar que sí. Algún día ofrecerán una suculenta recompensa por las piedras; seguramente será de dos mil dólares. ¡Y ese dinero nos pertenecerá! Ahora vayamos a ver la familia, y recuerda que no sabemos nada de ningún asesinato, ni de diamantes o ladrones. No te olvides de ello.

El plan de Tom me hizo suspirar. En su lugar, yo habría vendido los diamantes por doce mil dólares. Sí, señor, por doce mil dólares. Pero no le dije nada; habría sido inútil. En cambio, le pregunté:

-¿Y qué le vamos a decir a la tía Sally cuando quiera saber qué hemos estado haciendo todo este tiempo por el pueblo?

-¡Ah, eso lo dejo a tu cuidado! -me 'respondió-. Me imagino que se te ocurrirá alguna explicación.

Tom era siempre muy estricto y delicado. Jamás diría una mentira por su cuenta.

Atravesamos el corral, viendo un montón de cosas que nos resultaban familiares, lo que fue muy agradable. Cuando llegamos al pasillo techado que separa la casa de troncos de la cocina, vimos que todo estaba colgado de la pared, como de costumbre, inclusive una especie de guardapolvo viejo y desteñido, de lana verde que el tío Silas usaba para trabajar, con la capucha y un remiendo blanco en la mitad de la espalda, que nos parecía siempre como si alguien le hubiera tirado una bola de nieve. Levantamos el pestillo y entramos. La tía Sally estaba en ese momento lloriqueando, los chicos agazapados en un rincón, el viejo en el otro, rezando como quien pide socorro en un momento de necesidad. La tía se precipitó sobre nosotros, mezclando la alegría con las lágrimas, nos dio un tirón de orejas, nos abrazó, nos besó, nos tiró otra vez de las orejas, y nada le parecía poco de lo contenta que estaba al vernos, diciéndonos:

-¿Dónde habéis estado holgazaneando todo este tiempo, inútiles? Estaba tan preocupada que no sabía qué hacer. Hace rato que llegaron vuestros bártulos. Cuatro veces tuve que preparar la comida para que la tuvierais caliente, hasta que se me acabó la paciencia. Os juro que os despellejaría vivos. Seguramente estaréis muertos de hambre. Sentaos. Siéntese todo el mundo y no perdamos más tiempo.

Resultaba muy agradable encontrarse otra vez frente a todos esos manjares: el pan de maíz, las costillas de cerdo y todo lo que se puede desear en este mundo. El tío Silas ensartó una serie de bendiciones, con más cuentas que un rosario y mientras los ángeles se mecían a su conjuro, yo rumiaba qué diría para explicar lo que nos mantuvo ocupados tanto tiempo antes de llegar. Una vez que llenó los platos hasta el borde y comenzamos a comer, la tía me preguntó y comencé a explicarle:

-Bueno..., usted comprenderá, señora...

-Huck Finn, ¿desde cuando me llamas señora? ¿Te he ahorrado alguna vez besos *y* pellizcos desde el día que llegaste a este cuarto y te tomé por Tom Sawyer y bendije a Dios por haberte enviado aquí, aunque me contaste cuatrocientas mentiras y yo te las creí todas de puro simple que soy? Llámame tía Sally, como siempre.

Le hice caso y proseguí:

-Pues bien; Tom y yo decidimos venir *a* pie para respirar el perfume del bosque y nos topamos con Lem Beebe y Jim Lane, quienes nos pidieron que fuéramos con ellos para recoger moras esta noche. Nos dijeron que podían pedirle prestado el perro a Júpiter Dunlap,

pues éste acababa de decirles...

-¿Dónde los habéis visto? -nos preguntó el viejo, y cuando levanté la vista para saber por qué se fijaba en esa insignificancia, sus ojos me quemaron con la mirada, tal era su ansiedad. Me tomó tan de sorpresa que me desconcertó. Pero al instante me repuse y agregué:

-Cuando estaba cavando él con usted, más o menos a la hora de la puesta del sol.

-¡Hum! -masculló, un tanto desilusionado y no preguntó más. Continué con mi relato: -Pues bien; como estaba diciendo...

-Es suficiente; no es necesario que digas más -cortó tía Sally, clavándome los ojos, muy indignada-. Dime, Huck Finn, ¿cómo es posible que esos hombres estuvieran hablando de ir a recoger moras en esta zona... y en septiembre?

Vi que había metido la pata y no atiné a decir nada. La tía esperaba mi respuesta, sin apartar sus ojos de mí, hasta que me hizo otra pregunta:

-¿Y cómo se les ocurrió esa idea estúpida de ir a recoger moras de noche?

-Bueno, nos dijeron que llevaban un farol y...

-¡Oh, cállate, por favor! ¿Y qué iban a hacer con el perro? ¿Cazar las moras con el animal?

-Creo, señora, que ellos...

-Vamos a ver, Tom Sawyer -dijo la tía Sally-, ¿qué clase de mentira se te ocurre a ti para explicar toda esta sarta de embustes? Habla; pero te advierto que, antes de que comiences a decir algo no te creo una sola palabra de lo que digas. Seguramente tú *y* Huck os habéis metido en lo que no os importa. ¡Cómo si no lo supiera! Os conozco bien a los dos. Pues bien; explícame qué es eso del perro, de las moras, del farol y todo ese disparate. Pero dime la verdad completa, ¿me oyes?

Tom se sintió muy mortificado y, con la mayor dignidad, respondió:

-Es una lástima que le hable usted a Huck de esa manera, sólo porque cometió un pequeño error que cualquiera puede cometer.

-¿Y cuál es ese error?

-Nada..., sólo que en lugar de decir fresas dijo moras.

-Tom Sawyer, te prevengo que como sigas exasperándome más te...

-Tía Sally, sin saberlo y, por supuesto, sin entenderlo, está usted equivocada. Si hubiera estudiado historia natural como es debido, sabría que en todo el mundo, salvo aquí en Arkansas, siempre se va a recoger fresas con un perro y un farol...

Pero la tía estalló en imprecaciones que sepultaron a Tom como debajo de una tormenta de nieve. Estaba tan furiosa que las palabras le salían como un torrente inacabable. Y eso era lo que se había propuesto Tom: que se pusiera fuera de sí y estallara. De esa manera se exasperaría de tal forma que no diría una palabra más ni dejaría que la dijera nadie. Y así ocurrió. Una vez que pasó el chubasco, Tom, con mucha calma, agregó:

-Sin embargo, tía Sally, de cualquier modo...

-¡Cállate! -gritó ella-. No quiero oírte pronunciar una sola palabra más.

De esa manera nos pusimos a salvo y nuestra demora en regresar a casa no nos causó más inconvenientes. Tom lo hizo todo con mucha elegancia.

CAPÍTULO VII
NOCHE DE VIGILANCIA

Benny parecía bastante tranquila y, de tanto en tanto, suspiraba. Pronto comenzó a preguntarnos por Mary, por Sid y por Polly, la tía de Tom. Para ese momento Sally había recuperado ya su buen humor, nos hizo otras preguntas y, como estaba de mejor ánimo, la cena prosiguió alegre y agradablemente. El viejo no tomó parte de esa alegría y se mantuvo

abstraído e intranquilo, suspirando todo el tiempo. Rompía el corazón verlo tan triste y preocupado.

Poco después de cenar apareció uno de los negros, quien golpeó a la puerta, asomó la cabeza y, con su viejo sombrero de paja en la mano, hizo una reverencia y comenzó a decir que su amo Brace estaba esperando a su hermano en el portillo y que, como ya se había cansado de aguardar para cenar, rogábale al amo Silas le dijera dónde estaba. Jamás oí responder al tío Silas en forma tan áspera y ruda:

-¿Soy yo acaso el guardia de su hermano? -le dijo al negro.

En seguida pareció haberse arrepentido de esas palabras y, con voz muy suave, agregó:

-No necesitas decir eso, Bill. Me tomaste de sorpresa y como en estos días estoy en un estado muy irritable, no me siento muy bien, por lo que no soy responsable de mis reacciones. Dile que no está aquí.

Una vez que salió el negro, el tío Silas comenzó a caminar por el cuarto de un lado a otro, mascullando y gruñendo, metiéndose las manos entre el pelo. Realmente resultaba penoso verlo. La tía Sally nos pidió que no lo observáramos porque eso lo cohibiría más, agregando que, desde que surgieron todos esos problemas, lo notaba muy pensativo. Tal vez ni él mismo supiera la mitad de lo que le ocurría porque en esas noches caminaba dormido mucho más de lo acostumbrado. A veces vagabundeaba alrededor de la casa y hasta por las afueras, dormido. Si llegábamos a encontrarnos con él en esos momentos teníamos que dejarlo solo y no molestarlo. Quizá eso no le ocasionaba daño alguno *y* hasta podría hacerle bien. En esos días la única que le servía de ayuda era Benny -continuó diciendo la tía Sally-, pues ella parecía saber cuándo era necesario calmarlo o dejarlo en paz.

El tío prosiguió ambulando por la habitación, mascullando, hasta que de pronto comenzó a dar señales de cansancio. Benny se acercó a él y, poniéndole una mano entre las suyas, le rodeó la cintura con la otra y caminó a la par. El tío le sonrió y agachó la cabeza para besarla. Poco a poco desaparecieron de su cara las señales de preocupación y Benny lo convenció para que se fuera a su cuarto. Los dos se dieron muestras de cariño, lo que resultó agradable de observar, por ser algo muy poco común.

La tía Sally estaba ocupada acostando a los chicos. Para Tom y para mí la cosa se estaba poniendo aburrida, por lo que decidimos dar una vuelta a la luz de la luna; nos dirigimos al camino donde crecían sandías, nos comimos una y estuvimos de charla un rato largo. Según Tom, toda la pelea era por culpa de Júpiter y decidió vigilar el asunto de cerca cuando se presentara la primera oportunidad. De confirmarse sus sospechas, haría todo lo posible para que el tío Silas despidiera a Júpiter.

Así pasamos unas dos horas, charlando, fumando y hartándonos de sandías, hasta que se nos hizo tarde. Decidimos regresar a casa, a la que encontramos silenciosa y oscura, pues todo el mundo se había ido a dormir.

Como Tom se lo pasaba observando todo, descubrió que había desaparecido el viejo guardapolvo verde. La cosa le llamó la atención porque cuando salimos estaba en su lugar. No obstante nos fuimos a dormir.

Oíamos a Benny dar vueltas en su cuarto, que estaba contiguo al nuestro, y pensamos que, preocupada por lo que le ocurría a su padre, no podía dormir. Y a nosotros nos pasaba igual, por lo que estuvimos un largo rato sentados, fumando y hablando en voz baja. Nos sentíamos bastante deprimidos y desalentados. Hablamos sin cesar del asesinato y del fantasma, y tanto nos asustamos que apenas si pudimos conciliar el sueño.

Así pasamos el tiempo hasta que, muy entrada la noche y cuando todos los ruidos sonaban lejanos, Tom me dio un ligero toque con el codo y en voz baja me dijo que mirara afuera. Así lo hice y vimos a un hombre que andaba a tientas por el corral como si no supiera bien qué quería hacer. Como estaba muy oscuro no pudimos distinguirlo con claridad. Después se dirigió al portillo y cuando subió los escalones salió una luna brillante. El hombre llevaba una pala de mango largo al hombro *y* en la espalda del guardapolvo que tenía puesto

Librodot.com

se veía un parche blanco. Tom me susurró:

-Está caminando en sueños. Ojalá pudiéramos seguirlo para saber dónde va. Fíjate, ahora dobla hacia el tabacal. Lástima que lo perdemos de vista. Es una pena que no pueda descansar mejor.

Esperamos un largo rato, pero fue en vano porque no volvió. O si lo hizo habrá sido por otro lado. Al fin, rendidos, nos acostamos y nuestro sueño estuvo poblado por millones de pesadillas. Nos despertamos antes de que amaneciera, pues en el ínterin se descargó una feroz tormenta. Los truenos y los relámpagos eran espantosos; el viento sacudía los árboles, la lluvia caía en grandes ráfagas oblicuas y las zanjas se convertían en ríos. Tom me llamó la atención:

-Fíjate, Huck. Te diré algo sumamente curioso. Hasta el momento que salimos anoche, la familia nada sabía que Jake Dunlap había sido asesinado. Los hombres que perseguían a Hal Clayton y Bud Dixon habrían desparramado la noticia en el lapso de una hora y media *y* todos los vecinos habrían corrido de granja en granja para ser los primeros en contar la novedad. ¡Demonios! ¡No creo que tengan otro suceso así en treinta años! Es muy curioso, Huck. No lo entiendo.

Se quedó muy inquieto, esperando que parara la lluvia, a fin de poder salir y encontrarnos con la gente para ver si nos decían algo de lo sucedido. De ocurrir esto último -me dijo- teníamos que mostrarnos sorprendidos y asustados.

No bien dejó de llover salimos al minuto siguiente, cuando era ya pleno día. Estuvimos holgazaneando por el camino, y saludando a todo el mundo con que tropezábamos. Les preguntamos cómo estaban ellos *y* su familia y a su vez nos preguntaron cuándo llegamos, cómo estaba la familia en casa, cuánto pensábamos quedarnos, etcétera, etcétera. Pero nadie decía una palabra de aquel asunto; lo cual, sin lugar a dudas, resultaba muy curioso. Tom me explicó que si íbamos hasta los sicomoros encontraríamos aún al cadáver, solito, sin un alma a su alrededor. Tal vez los que persiguieron a los ladrones por el bosque los encontraron y se mataron entre ellos. Ésa era la razón por la que no había quedado nadie para contar lo ocurrido.

Discurriendo de esta manera llegamos sin darnos cuenta a los sicomoros. Me puse a temblar de miedo y le expliqué a Tom que no estaba dispuesto a dar un solo paso más, aunque quisiera convencerme. Pero él no pudo con su genio; se había propuesto comprobar si el cadáver tenía aún puestas las botas. Se internó en el bosque... *y* un minuto después salió con los ojos desorbitados, terriblemente nervioso:

-¡Huck -exclamó-, el cadáver ha desaparecido!

Me quedé atónito y le dije:

-No estás hablando en serio.

-¡Claro, ha desaparecido! No hay el menor vestigio de él. La tierra está pisoteada y si hubo alguna señal de sangre habrá sido borrada por la tormenta, porque lo único que queda son piedras y barro.

Cedí, por último, y me acerqué a echar un vistazo. Era tal cual me lo dijo Tom: no había la menor señal del cadáver.

-¡Demonios! -exclamé-. Desaparecieron los diamantes. ¿Crees que los ladrones regresaron y se alzaron con ellos?

-Así parece..., pero... ¿dónde escondieron el cadáver?

-No sé -respondí, contrariado- y, más aún, me importa un comino. Le quitaron las botas y eso es todo lo que me importa. Por mí, el muerto se puede quedar todo lo que quiera en este bosque, antes de que se me ocurra buscarlo.

Tampoco Tom quiso averiguar más; lo único que incitaba su curiosidad era saber dónde habría ido a parar el cadáver. Lo mejor era observar, calladitos. Ya darían cuenta del muerto los perros o alguien que pasara por ahí.

Regresamos a casa para tomar el desayuno, completamente desilusionados y frustrados. Nunca me había preocupado tanto un cadáver.

CAPITULO VIII
CONVERSANDO CON EL FANTASMA

El desayuno no fue muy alegre. La tía Sally parecía más vieja y cansada y dejó que los chicos riñeran e hicieran bulla, como si no notase lo que estaba ocurriendo, algo bastante insólito en ella. Tom y yo teníamos demasiadas cosas en qué pensar sin necesidad de hablar. Benny parecía no haber dormido mucho y, cada vez que levantaba un poco la cabeza para mirar de reojo a su padre, veíanse lágrimas en sus ojos. En cuanto al viejo, la comida estaba intacta en su plato, fría, sin que se diera cuenta de ello, supongo, porque no hacía más que pensar todo el tiempo, sin decir una sola palabra y sin llevarse un bocado a la boca.

Poco después, cuando todo se puso más calmo, asomó de nuevo la cabeza del negro servidor a través de la puerta, diciendo que el amo Brace estaba sumamente intranquilo respecto al amo Júpiter, el cual aún no había regresado, por lo que si el amo Silas quisiera...

Miró al tío Silas y se detuvo, como si se le hubieran helado las palabras, pues el tío se irguió temblando, apoyándose con los dedos en la mesa, jadeante. Dejó de tragar, se llevó la otra mano a la garganta un par de veces y, por último, comenzó a decir:

-"Quisiera..." ¿Qué es lo que quiere? Dile que...

Se hundió en la silla, debilitado, y sin que casi se le pudiera oír, agregó:

-¡Vete! ¡Vete!

El criado lo miró asustado y desapareció. Todos nos sentimos..., bueno, no sé cómo nos sentimos, pero la cosa era espantosa viendo a ese viejo jadeando, con los ojos fijos y mirando como quien está agonizando. Ninguno de nosotros hizo el menor movimiento; pero Benny se acercó suavemente, llorando, se puso al lado de él, apoyó su vieja cabeza canosa contra ella y comenzó a acariciarlo haciéndonos señas con la cabeza para que nos fuéramos. Así lo hicimos, saliendo sin hacer ruido, como si la muerte hubiera entrado en ese cuarto.

Tom y yo nos dirigimos al bosque, con aire solemne, diciéndonos qué diferente era este verano en comparación con el anterior cuando todo estaba en paz y felicidad y todo el mundo tenía en alta estima al tío Silas. ¡Pensar que entonces estaba tan contento y alegre!... No había más que mirarlo ahora; si no se había enloquecido le faltaba pooo. En eso estábamos de acuerdo.

El día era espléndido, con un sol brillante. Cuanto más atravesamos la colina en dirección al campo tanto más encantadores lucían los árbolesy las flores, y por eso resultaba más curioso que las cosas no marcharan bien en este mundo. De golpe contuve la respiración y me así del brazo de Tom, como si el hígado, los pulmones y todo lo que tengo dentro cayera a mis pies.

-¡Ahí está! -exclamé.

Retrocedimos de un salto ocultándonos detrás de un arbusto, temblando.

-¡Quieto! ¡No hagas ruido! -me dijo Tom.

El fantasma estaba sentado en un tronco, justo al borde de un pequeño prado, pensativo. Procuré alejar a Tom, pero él no quiso. No me atreví a moverme yo solo. Según él, difícilmente se nos presentaría otra ocasión como ésa para ver un fantasma. Por su parte estaba dispuesto a comprobarlo aunque tuviera que morir en la empresa. De modo que yo también miré, aunque estaba horrorizado. Por supuesto, Tom tenía que hablar, si bien, por suerte, lo hizo en voz baja:

-¡Pobre Jake! Se puso el disfraz, como nos dijo. Ahora puedes ver lo que nos hizo dudar: el pelo. No lo lleva tan largo como antes; se lo ha cortado al rape, como nos dijo. Huck, nunca he visto nada que parezca nada más natural que él.

-Ni yo tampoco -respondí-. Lo reconocería en cualquier parte.

-Lo mismo yo. Parece perfectamente sólido. igual que como era antes de morir.

Seguimos mirando atentamente, hasta que Tom observó:

-Hay algo sumamente extraño en él, Huck, ¿no te parece? Los fantasmas no salen de día.

-Así es, Tom. Jamás he oído hablar que tal cosa pudiera ocurrir.

-No, señor; nunca salen a la luz del día sino de noche..., y sólo después de las doce. Hay algo que no cuadra bien en este fantasma, oye bien lo que te digo. No creo que tengo derecho a salir de día. ¡Y qué natural parece! Jake nos dijo que iba a representar el papel de sordomudo por aquí para que los vecinos no le reconozcan la voz. ¿Crees que hará eso si nos acercamos?

-¡Por Dios, Tom, no digas eso! Si te acercas a él me muero aquí mismo.

-No te preocupes; no me voy a acercar. Fíjate, Huck, ¿ves que se está rascando la cabeza? -Y bien, ¿qué hay con eso?

-¡Cómo! ¿Qué objeto tiene que se rasque la cabeza? No puede tener nada que le pique; está hecho de niebla o algo parecido, y eso no pica. La niebla no puede picar; cualquier tonto lo sabe.

-Pues entonces, si no pica y no puede picar, ¿por qué diablos se está rascando? Será una costumbre, ¿no te parece?

-No, señor, no me parece. No me gusta nada cómo se comporta. Tengo la completa sospecha de que éste es un fantasma falso. Tan seguro como que estoy sentado aquí. Porque si... ¡Huck!

-¿Qué pasa ahora?

-¡A través de él no se ven los arbustos!

-¡De veras, Tom, tienes razón! Es sólido como una vaca. Comienzo a creer que...

-¡Y ahora está mascando tabaco, Huck! ¡Por todos los santos, los fantasmas no mascan! ¡No tienen con qué hacerlo!-Te escucho.

-De ninguna manera se trata de un fantasma. ¡Es Jake Dunlap vivito!

-¡Tu abuela! -exclamé.

-Dime una cosa, Huck, ¿encontramos algún cadáver entre los sicomoros?

-*N*o.

-¿Ni ninguna señal de que hubiera uno?

-No.

-Razón suficiente. No había ningún cadáver ahí.

-¿Cómo puede ser eso, Tom? Sabes bien que oímos...

-Sí, oímos uno o dos gritos. ¿Acaso prueba eso que alguien fuera asesinado? Claro que no. Y vimos correr a cuatro hombres, y después a éste que caminaba y lo tomamos por un fantasma. Pero no es más fantasma que tú. Era el mismito Jake Dunlap, el que ahora está ahí. Se ha hecho cortar el pelo al rape y se está haciendo pasar por un forastero, tal cual nos dijo. ¿Un fantasma? ¡Qué va! ¡Es tan real como una nuez!

Entonces comprendí todo y por qué estuvimos tan seguros de que lo habían matado. Nos alegraba 'muchísimo saber que estaba vivo. Tom y yo nos preguntamos qué sería mejor para él, si fingir que no lo conocíamos o lo contrario. Según Tom, lo mejor era ir y preguntárselo, y así procedió. Yo reculé un poco porque no estaba seguro, después de todo, si no sería un fantasma. Cuando se acercó a él, le dijo:

-Huck y yo estamos muy contentos de verlo otra vez. No tenga temor alguno de que contemos nada. Si cree que será más seguro, cada vez que pasemos junto a usted, que finjamos no verlo, díganoslo y verá que puede confiar en nosotros. Preferiríamos hacernos cortar las manos antes de que usted pase por el menor peligro.

Al principio nos miró sorprendido, aunque no muy contenta de vernos, pero a medida que Tom seguía hablando parecía más tranquilo, y cuando Tom terminó nos sonrió, haciéndonos señas con la cabeza varias veces y con las manos, diciéndonos:

-Guuu-guuu-guuu -como los sordomudos.

En ese momento vimos gente que venía de la casa de Steve Nickerson, ubicada del otro lado del prado, y Tom le dijo a Jake:

-Lo hace usted muy bien; jamás he visto a nadie que lo hiciera mejor. Tiene razón; represente el mismo papel ante nosotros, lo que le servirá de práctica y le impedirá cometer errores. Nos alejaremos de usted y fingiremos no conocerlo. Cualquier cosa que necesite no tiene más que comunicárnosla.

Seguimos vagabundeando *y* nos cruzamos con los Nickersons. Por supuesto, nos preguntaron si ese hombre era el nuevo forastero, de dónde venía, cómo se llamaba, a qué iglesia pertenecía, si era baptista o metodista, cuál era su partido político, si radical o conservador, cuánto tiempo se iba a quedar, y todas esas preguntas que la gente formula cuando llega un forastero. Tom respondió que no había podido sacar nada en limpio de las señales que hacía el sordomudo o de su guuu-guuu-guuu. Vimos entonces que se acercaban a Jake y nos inquietó saber cómo se comportaría. Según

Tom, le llevaría varios días no olvidarse que era sordomudo y ponerse a hablar sin querer. Cuando observamos que se las arreglaba muy bien *y* respondía por señas, seguimos vagando otro rato más, proponiéndonos llegar hasta la escuela, que quedaba a unas tres millas, a eso de la hora de salida.

Me decepcionó tanto no haber podido oírle contar al propio Jake la pelea que sostuvo entre los sicomoros y lo cerca que estuvo de que lo mataran, que me costó reponerme. A Tom le pasaba lo mismo, pero me dijo que, si estuviéramos en la piel de Jake, nos quedaríamos callados para no correr riesgo alguno.

Los chicos y las chicas se alegraron de vernos y pasamos un rato muy divertido con ellos. Al regresar de la escuela los muchachos Henderson se cruzaron con el sordomudo y contaron su aventura a los demás. Todos los colegiales estaban intrigados y no dejaban de hablar de otra cosa porque jamás habían visto a un sordomudo, lo cual los puso enormemente nerviosos.

A Tom le significó un gran esfuerzo tener que quedarse callado en ese momento. Díjome que si pudiéramos contar todo lo que sabíamos nos convertiríamos en héroes, pero que era mucho más heroico guardar silencio ya que, entre un millón, no habría dos muchachos capaces de hacerlo. Le di la razón, pues difícilmente a nadie se le hubiera ocurrido una idea mejor.

CAPÍTULO IX
DESCUBRIMIENTO DE JÚPITER DUNLAP

En los dos o tres días siguientes, el Mudo convirtióse en algo sumamente popular. Se vinculó con los vecinos, quienes lo ayudaron mucho, orgullosos de contar con tan espectacular curiosidad. Invitábanlo a desayunar, a comer, a cenar; colmábanlo con cerdo y maíz molido y no se cansaban de contemplarlo y hacerse preguntas acerca de él, deseosos de saber cada vez más, tan insólito y novelesco se había convertido. Las señas que hacía no le servían de mucho porque la gente no las entendía y quizá tampoco él mismo. Suspiraba emitiendo su extraño guuu-guuu-guuu, y todo el mundo quedaba satisfecho, admirado de oírle eso. Llevaba consigo una pizarra y un lápiz; la gente le escribía lo que quería preguntarle y él anotaba las respuestas. Pero el único que no podía descifrar la escritura era Brace Dunlap, aunque la mayor parte de las veces se las ingeniaba para comprender su significado. Según él, el Mudo había llegado de lugares lejanos, donde gozaba de buena posición; pero lo engañaron unos estafadores en quienes confió y ahora estaba empobrecido, sin ningún medio de vida.

Todos admiraban a Brace Dunlap por mostrarse tan bueno con el forastero. Lo dejaron vivir a solas en una cabaña de troncos, con sirvientes que lo atendían y le llevaban las

vituallas que necesitaba.

A veces el Mudo venía a casa porque el tío Si-las estaba tan afligido en esos días que la presencia de otro en su misma situación le servía de consuelo. Tom y yo fingíamos que no lo habíamos visto antes y lo mismo hacía él con nosotros. La familia solía exponer sus preocupaciones delante de él, como si no estuviera presente y nos dimos cuenta de que esas confidencias no le causaban daño alguno. A veces parecía no percatarse de lo que se hablaba y otras sí.

Bien; después de dos o tres días la gente comenzó a inquietarse por Júpiter Dunlap, preguntando si alguien tenía idea de lo que le habría ocurrido. Todo el mundo respondía en forma negativa y sacudía la cabeza, agregando que la cosa no podía ser más extraña. Así pasaron varios días hasta que se tuvieron noticias de que quizá habría sido asesinado. ¡Imaginaos el alboroto que se armó! Se habló hasta por los codos y el sábado partieron dos o tres grupos hacia el bosque para ver si daban con sus restos mortales. Tom y yo colaboramos y la aventura nos pareció sumamente entretenida. Tom estaba tan desbordante de entusiasmo que no podía comer ni dormir. Me explicó que si lográbanos dar con el cadáver nos haríamos famosos, mucho más que si nos hubiéramos ahogado.

Los de la expedición se cansaron pronto y diéronse por vencidos. Pero no Tom Sawyer; no era ése su estilo, y el sábado por la noche ni siquiera durmió, tratando de elaborar un plan, cosa que logró cuando era ya de día. Me hizo levantar de la cama y, excitadísimo, me ordenó:

-¡Rápido, Huck, vístete! ¡Ya tengo el sabueso!

Dos minutos después nos encontrábamos en el camino costero, en plena oscuridad, hacia el pueblo. El viejo Jeff Hooker tenía un sabueso y Tom pensaba pedírselo prestado.

-Las huellas son demasiado viejas -le dije-y, además, como sabes, ha llovido.

-No tiene importancia, Huck. Si el cadáver está escondido en el bosque, el perro lo descubrirá. Si asesinaron a Júpiter Dunlap y lo enterraron, no lo habrán sepultado muy hondo. En cuanto el sabueso se acerque al lugar lo olfateará. ¡Ah, Huck, seremos famosos, tan seguro como que estás vivo!

Estaba radiante y, cuando se ponía en ese estado, terminaba por inflamarse. Y así ocurrió esa vez. En el lapso de dos minutos calculó todo: no sólo descubriría el cadáver sino que seguiría también las huellas del asesino hasta dar con él.

-Mejor será que encuentres primero el cadáver -le dije-. Con lo de hoy ya tenemos bastante; por lo que sabemos hasta ahora, no hay ningún cadáver y nadie ha sido asesinado. A lo mejor el tipo ése se fue a otro lugar y no lo mataron.

-Jamás conocí a nadie que estropee las cosas como tú, Huck. Como eres incapaz de ver nada, no quieres que los demás lo hagan. ¿A qué conduce eso de echar agua fría sobre lo del cadáver y sostener tu egoísta teoría de que no hubo ningún asesinato? A nada. No me explico por qué te comportas así. Sabes bien que yo no te trataría de esa manera: He aquí que se nos presenta una magnífica oportunidad de hacernos famosos y...

-¡Oh, está bien, adelante! -le repliqué-. Perdóname, retiro lo que dije. No hablé en serio. Haz lo que quieras; en cuanto a mí, el muerto me importa un bledo. Si lo mataron, me alegro tanto como tú, y si él...

-No he dicho que me alegrara; sólo que...

-Pues bien; en ese caso, lo siento tanto como tú. De cualquier manera, si prefieres que lo hayan matado, también lo prefiero yo. El muerto...

-No se trata de preferencias, Huck Finn; nadie habla de ellas. En cuanto a...

Se olvidó de lo que estaba diciendo y continuó caminando, pensativo. De pronto volvió a entusiasmarse y me dijo:

-Huck, sería lo más grandioso que nos ha ocurrido si hallamos el cadáver después que todo el mundo abandonó la empresa de buscarlo y continuáramos con nuestra pesquisa hasta dar con el asesino. No sólo sería un honor para nosotros sino para el tío Silas porque fuimos nosotros quienes cumplimos esa tarea. Ya verás cómo eso le levanta el ánimo otra vez.

Librodot.com

Pero el viejo Jeff Hooker arrojó un balde de agua fría sobre el asunto cuando fuimos a su herrería a explicarle nuestro proyecto.

-Podéis llevaros el perro -nos dijo-; pero no vais a encontrar ningún cadáver porque no hay tal cosa. Todo el mundo abandonó la búsqueda y tiene razón. No bien se pusieron a pensar en el asunto llegaron a la conclusión de que no hay ningún cadáver. Y os diré por qué. ¿Qué es lo que mueve a una persona a asesinar a otra, Tom? Respóndeme.

-Bueno, supongo que...

-¡Respóndeme, no eres ningún tonto! ¿Por qué alguien habría de matar a otro?

-Y..., a veces por venganza o...

-Aguarda. Una cosa por vez. Venganza, dices tú, y tienes razón. Ahora bien, cualquiera que fuera, ¿qué tendría contra ese pobre inútil? ¿Quién te parece que querría matar a ese conejo?

Tom se quedó perplejo. Me di cuenta de que no se le había ocurrido pensar antes en que se necesita algún motivo para matar y ahora se percataba de que era muy improbable que alguien quisiera asesinar a ese pobre cordero de Júpiter Dunlap. El herrero prosiguió:

-La idea de la venganza no funciona, como ves. Entonces, ¿qué otra cosa puede ser? ¿Robo? ¡Por Dios, ése debe de haber sido el motivo! Sí, señor, creo que hemos dado en el clavo. Alguien necesitaba las hebillas de sus botas...

Pero la cosa le resultó tan divertida que estalló en carcajadas y nosotros lo mismo, hasta que el herrero casi se muere de risa. Tom se quedó tan desconcertado que al momento comprendí que sentía vergüenza de haber ido a la herrería. Pero el viejo Hooker no lo dejó tranquilo. Siguió machacando sobre todos los motivos que pueden llevar a una persona a asesinar a otra y que cualquier tonto podía darse cuenta de que ninguno se ajustaba al caso en cuestión. No cesó de chancearse con el asesinato y con toda la gente que había salido a buscar un cadáver, agregando:

-Si tuvieran un poco de sentido común sabrían que ese tipo perezoso se tomó las de Villadiego porque necesitaba vagar después de todo lo que trabajó. Volverá dentro de un par de semanas. Entonces, ¿cómo os vais a sentir? Pero, ¡por Dios bendito!, llevaos el perro y salid a la caza de sus restos.

Volvió a reírse de nosotros y estalló en cuarenta carcajadas más. Tom no podía volverse atrás *y* le dijo:

-Perfectamente; quítele la cadena.

Así lo hizo el herrero, *y* nosotros decidimos volver a casa mientras el viejo continuaba riéndose.

Era un perro magnífico. No hay animal más cariñoso que el sabueso, y éste nos conocía y nos tenía simpatía. Tan contento estaba de verse libre y gozando de un día de fiesta que comenzó a hacer cabriolas *y a* dar vueltas. Pero Tom se sentía tan afligido que no le hizo caso, diciéndome que ojalá se hubiera detenido un instante a pensar antes de haberse metido en semejante empresa, que se le antojaba tonta, porque el viejo Hooker se lo contaría a todo el mundo y la cosa no iba a terminar nunca.

Regresamos lentamente a casa por el camino de atrás, sombríos *y* sin ánimo de hablar. Cuando pasamos por el extremo más lejano del tabacal oímos que el perro lanzaba un gruñido prolongado y se ponía a escarbar la tierra con todas sus fuerzas, profiriendo de tanto en tanto nuevos gruñidos y moviendo la cabeza de un lado a otro.

Era un cuadrado grande, del tamaño de una sepultura; la lluvia lo había hundido y dejaba ver su forma. Al instante nos aproximamos, mirándonos sin decir una palabra. Cuando el perro cavó apenas unas pulgadas de terreno, se encontró con algo *y* tiró hacia arriba. Era un brazo con su manga. Tom pegó un grito y exclamó:

-¡Vámonos, Huck, que ya lo hemos encontrado!

La sensación que tuve fue espantosa. Salimos al camino y llamamos a los primeros que encontramos. Fueron hasta el granero a buscar palas y desenterraron el cadáver. Jamás se vio

tanta excitación. Resultaba imposible reconocer la cara del muerto, pero no hubo necesidad de ello. Todos dijimos al unísono:

-¡Pobre Júpiter Dunlap! ¡Éstas son sus ropas, hasta el último andrajo!

Algunos se precipitaron a comunicar la noticia y pedirle al juez de paz que realizara la investigación. Nosotros dos corrimos a casa. Tom estaba fuera de sí cuando les contó todo al tío Silas, a la tía Sally y a Benny.

-Huck *y* yo solos encontramos el cadáver de Júpiter Dunlap con la ayuda de un sabueso después que todo el mundo abandonó la caza y se dio por vencido. Y si no hubiera sido por nosotros nunca lo habrían hallado. Y también fue asesinado; lo mataron con un palo o algo por el estilo. Ahora voy a iniciar otra pesquisa hasta dar con el asesino. ¡Apuesto cualquier cosa que daré con él!



La tía Sally y Benny palidecieron y se quedaron atónitas, pero el tío Silas se cayó de la silla al piso y, profiriendo un gemido, exclamó:

-¡Ah, Díos mío, lo habéis encontrado... ahora!

CAPÍTULO X
EL ARRESTO DEL TÍO SILAS

Esas terribles palabras nos dejaron helados. Dur[a]nte medio minuto no pudimos mover una mano o un pie. Luego nos recuperamos y levantamos al viejo volviendo a sentarlo en la silla. Benny lo acariciaba y lo besaba, procurando consolarlo, y lo mismo hacía la pobre tía Sally, aunque, pobrecitas las dos, estaban tan abatidas y asustadas, dándole vueltas al asunto, que no atinaban a comprender nada.

Para Tom fue espantoso; se quedó petrificado pensando que quizá había puesto a su tío en un lío mil veces mayor de los que él se encontraba. Tal vez no hubiera ocurrido eso de no haber sido por su ambición de convertirse en célebre. Le pareció preferible haber dejado en paz al cadáver, como hicieron los demás. Pero pronto recuperó su dominio y dijo:

-Tío Silas, no vuelva a pronunciar otras palabras como las que acaba de decir. Es peligroso y hay la menor sombra de verdad en ellas.

La tía Sally y Benny le quedaron agradecidas al oírle decir eso, uniéndose a su opinión. Pero el viejo meneaba la cabeza, apenado y desesperado, mientras le corrían las lágrimas por las mejillas.

-No..., yo lo maté -agregó--. ¡Pobre Júpiter! ¡Soy yo el culpable!

Resultaba espantoso oírle decir semejante cosa. Entonces nos siguió contando todo,

explicándonos que el hecho ocurrió el día que Tom y yo llegamos a la caída del sol. Nos refirió que Júpiter lo molestaba y provocaba de tal manera que perdió la cabeza y, tomando un palo, le dio en el cráneo con todas las fuerzas hasta que cayó inerte. Entonces, asustado y arrepentido, se arrodilló y le levantó la cabeza, y rogándole que le hablara y le dijera que no estaba muerto. Júpiter volvió en sí y al ver quién lo tenía entre sus brazos pegó un salto de terror, a través de la valla, y se internó en el bosque. Lo único en que confiaba el tío Silas era en no haberle hecho mucho daño.

-Pero no, Señor -agregó-. Fue sólo el miedo lo que le dio fuerzas; fuerzas que lo abandonaron pronto, seguramente, y habrá caído entre los arbustos, sin recibir ayuda de nadie, y ahí se murió.

El viejo comenzó a llorar y a lamentarse, diciendo que era un asesino y que llevaba la marca de Caín sobre él; que era la vergüenza de la familia y que lo iban a descubrir y ahorcar. Pero Tom intervino:

-No, no lo van a descubrir porque usted no lo mató. No pudo haber muerto de un solo golpe. Algún otro lo hizo.

-¡Oh, no..., fui yo..., nadie más! ¿Quién podría tener algo contra él? ¿Quién otro podría ser sino yo?

Nos miró con la esperanza de que mencionáramos a ese alguien; pero, por supuesto, ninguno pudo decir una palabra. El viejo notó nuestra actitud y volvió a entristecerse. Nunca he visto una cara tan apenada como la suya. De pronto a Tom se le ocurrió una idea:

-¡Un momento! ¡Alguien debió enterrarlo! Ahora bien, ¿quién?

Se calló de repente y me di cuenta del motivo. Cuando pronunció esas palabras me corrió frío por la espalda porque en ese momento recordé haber visto al tío Silas salir con una pala de mango largo aquella noche. Y sabía que también lo había visto Benny, porque nos habló de ello. Tom se calló, cambió de tema y le rogó al tío Silas que permaneciera mudo, recomendándonos lo mismo *a* nosotros. Nos explicó que el tío debía quedarse callado pues no era su obligación denunciarse; en ese caso, nadie lo sabría. Pero si era descubierto y le ocurría alguna desgracia, sumiría en la tragedia a toda la familia, matándola de pena, lo cual no era bueno para nadie. Por último, el tío prometió cumplir lo que se le pedía, lo cual fue un consuelo para todos. Continuamos con nuestros trabajos a fin de animar al pobre viejo. Le explicamos que lo único que tenía que hacer era quedarse tranquilo, pues no pasaría mucho tiempo hasta que la cosa se olvidara. Dijímosle que nadie sospechaba de él ni soñaba en acusarlo de semejante crimen, ya que sabían lo bueno y amable que era *y* el buen carácter que tenía. Tom, en tono cordial, agregó:

Pensad un minuto y considerad el asunto. Aquí está el tío Silas que ha predicado durante mucho tiempo y siempre a su propia costa. Durante esos años practicó el bien con toda su alma y de todas las maneras posibles... a su propia costa. Siempre fue querido por todo el mundo y respetado; siempre pacífico y ocupado en sus asuntos; es el último hombre de esta zona que hubiera tocado a alguien y bien lo sabemos. ¿Sospechoso él? Más posible es que...

¡En nombre de la autoridad del Estado de Arkansas detengo a usted por el asesinato de Júpiter Dunlap! -gritó el *sheriff* desde la puerta.

Esas palabras retumbaron como un trueno. La tía Sally y Benny se precipitaron sobre el tío Si-las, gritando, llorando y abrazándolo. La tía le ordenó al *sheriff* que se fuera, que jamás se lo entregaría y que nunca lo detendrían. Llegaron los criados amontonándose ante la puerta, llorando. No pude soportarlo; era suficiente como para romperle el corazón a cualquiera, por lo que salí del cuarto.

Las autoridades se llevaron al tío a la cárcel del pueblo y todos fuimos con él para despedirnos. Tom, con mucha dignidad, me dijo:

-Una de estas noches se nos presentará la ocasión más noble y llena de peligros para sacarlo en medio de la oscuridad. Se hablará de ello en todas partes y nos haremos famosos.

Pero el viejo desechó nuestro proyecto cuando se lo susurramos al oído. No quiso saber nada del asunto porque su deber era recibir el merecido de la ley. Se quedaría en la cárcel hasta el final de sus días, aunque la misma no tuviera puertas. Esta respuesta decepcionó a Tom, dejándolo muy triste. Pero no le quedó más remedio que aceptarla. Como se sentía responsable de lo ocurrido y obligado a liberar al prisionero, le dijo a la tía Sally que no se preocupara, que iba a trabajar noche y día hasta probar la inocencia del sospechoso. La tía le quedó muy agradecida y le respondió que no dudaba de que haría todo lo posible. Nos pidió que ayudáramos a Benny a cuidar de la casa y de los niños. Despedímonos llorando y regresamos a la granja. La tía Sally se quedó viviendo en casa de la mujer del carcelero durante un mes, hasta que se abriera el proceso en octubre.

CAPITULO XI
TOM DESCUBRE A LOS ASESINOS

Fue ése un mes muy duro para todos nosotros. La pobre Benny hizo lo que pudo, y tanto Tom como yo procuramos levantar el ánimo a los demás, aunque no sirvió de nada. Lo mismo ocurría en la cárcel. íbamos a diario a ver a los viejos, pero por allá todo resultaba espantosamente triste porque el anciano no dormía mucho. Como se lo pasaba caminando en sueños gran parte de la noche, pronto su aspecto fue lamentable. Debilitósele la mente y todos temimos que sus preocupaciones terminaran por matarlo. Cada vez que intentábamos convencerlo para que se sintiera contento meneaba la cabeza respondiéndonos que si nosotros lleváramos en el corazón el peso de un asesinato, no hablaríamos de esa manera. Entre Tom y los demás nos esforzábamos por decirle que no se trataba de un crimen sino de una muerte accidental. Pero él no veía gran diferencia; era un asesinato y no había forma de llamarlo con otro nombre. Cuando pensaba que dentro de poco tendría lugar el proceso, más se convencía de que había intentado matar a Júpiter. Como comprenderéis, era espantoso y tornaba cincuenta veces más difícil el caso. Sally y Benny estaban desconsoladas, pero el tío les prometió que no diría una sola palabra del asesinato cuando hubiera gente a su alrededor, lo cual nos tranquilizó un poco.

En el ínterin Tom se estuvo devanando los sesos buscando un plan para sacar al tío del atolladero en que se había metido. Durante muchas noches me tuvo despierto con ese enojoso asunto, pues aún no le veía salida. En cuanto a mí pensaba que lo mejor era darse por vencido, pues la situación era irremediable y yo estaba muy triste.

Pero Tom seguía dándole vueltas al asunto y devanándose los sesos.

Por último, a mediados de octubre, comenzó el proceso y fuimos al tribunal. La sala estaba colmada de gente, por supuesto. El pobre tío Silas parecía más muerto que vivo, con los ojos hundidos, flaco y acongojado. Benny tomó asiento a uno de sus lados y la tía Sally en el otro. Se habían cubierto la cara con velos y estaban muy atribuladas. Tom se sentó junto al abogado, metiendo los dedos en todo, desde luego, autorizado por el abogado y el juez. A veces le quitaba el asunto de las manos al abogado, en lo que tenía razón, pues era éste un profesional bastante chorlito, de esos que, como suele decirse, no se les ocurre entrar cuando está lloviendo.

Después de prestar juramento los jurados, el fiscal se levantó y comenzó a hablar. Pronunció un discurso terrible contra el viejo, tanto que éste sepuso a gemir mientras la tía Sally y Benny lloraban. El informe que proporcionó acerca de cómo se había cometido el asesinato nos dejó turulatos porque difería notablemente de lo que nos había dicho el viejo. Agregó que estaba dispuesto a probar que dos testigos habían visto al tío Silas en el momento en que mató a Júpiter Dunlap; que el crimen lo cometió deliberadamente porque en el instante que le asestó el golpe lo amenazó de muerte; que los testigos lo vieron ocultar a Júpiter entre los matorrales y que la víctima había muerto sín esperanza alguna. Que el tío Silas regresó

después *y* cargó el cadáver hasta el tabacal, donde fue visto por dos hombres y que, durante la noche, volvió para sepultarlo, siendo visto por un hombre.

"¡Pobre tío Silas!", me dije para mis adentros. Nos ha estado mintiendo porque creyó que nadie lo vio y no quería destrozarles el corazón a la tía Sally y a Benny, en lo que tenía razón. También yo habría procedido igual, como cualquier otro en esa circunstancia que tuviera sentimientos para su familia, a fin de salvarla de la desgracia y el dolor, de los que no era responsable. Pues bien; todo ese discurso dejó perplejos al abogado y a Tom. Pero mi amigo fingió no estar preocupado en absoluto, si bien a mí no me engañaba. En cuanto a la gente, ¡hay que ver el revuelo que armó!

Cuando el abogado concluyó de decirle a los jurados lo que estaba dispuesto a probar, se sentó y comenzó a llamar a los testigos.

En primer término, llamó la atención a los jurados que existía un estado de enemistad entre el tío Silas y el asesinado; que los testigos le habían dicho que oyeron al acusado amenazar al muerto en diversas ocasiones; que esa enemistad se fue empeorando con el transcurso del tiempo y que todo el mundo hablaba de ella; que el muerto había temido por su vida y que le refirió a dos o tres de los testigos que estaba seguro de que el tío Silas lo mataría en cualquier momento.

Tom y nuestro abogado formularon varias preguntas a los testigos, pero no sirvió de nada pues éstos se aferraban a sus declaraciones.

Después llamaron a Lem Beebe, quien subió al estrado. En ese momento recordé que Lem y Jim Lane, la noche del crimen, venían conversando acerca de un perro o algo parecido que les iba a prestar Júpiter Dunlap; y eso me hizo pensar en las moras y en el farol, lo cual, a su vez, me recordó a Bill y Jack cuando pasaron contando lo del vagabundo que le estaba robando maíz al tío Silas. Recordé también a nuestro viejo fantasma que apareció esa misma noche y que tanto nos asustó; este mismo fantasma que se encontraba ahora entre nosotros gozando de su papel de privilegiado por ser sordomudo y forastero y al que habían acomodado en una silla detrás de la baranda para que pudiera cruzar las piernas y se sintiera cómodo, cuando los demás estaban apiñados al extremo que apenas podían respirar. De golpe todo lo que ocurrió aquel día se me presentó ante los ojos y me entristeció pensar en lo agradablemente que habíamos vivido antes de ese episodio *y* cómo todo se puso lúgubre a partir de entonces.

Después de prestar juramento, Lem Beebe decla- ró:

-Ese día, el 2 de septiembre, veníamos caminando Jim Lane *y* yo, a eso de la caída del sol, y oímos hablar en voz alta, como quien se está peleando. Estábamos tan cerca que sólo nos separaban del cerco los arbustos de avellanas. Oímos que alguien decía: "Te he dicho más de una vez que te mataría", y reconocimos la voz de este preso. Después vimos surgir un palo entre los arbustos, que volvió a bajar hasta que lo perdimos de vista, y un golpe seco, *y* uno o dos gemidos. Entonces nos acercamos para ver mejor y vimos muerto a Júpiter Dunlap, tendido en tierra, y a este preso junto a él, de pie, con el palo. Luego lo levantó y lo llevó hasta unos arbustos para esconderlo. Nos agachamos para que no nos viera y nos fuimos.

La declaración produjo un efecto espantoso. Al oírla se le heló la sangre a todo el mundo. La sala quedó silenciosa como si no hubiera nadie. Cuando el testigo terminó con su declaración se oyeron suspiros y jadeos en el tribunal, mirándose unos a otros como diciendo: ¡Es terrible..., espantoso

En ese momento ocurrió algo que me dejó atónito. Mientras los primeros testigos procuraban demostrar la enemistad, las amenazas y todo lo demás entre el reo y su víctima, Tom Sawyer se mostró lúcido, acechándolos. Al terminar cada uno su exposición se acercaba a ellos y les hacía preguntas con la intención de pescarlos en mentiras e invalidar el testimonio que presentaban. Pero ahora se mostraba de manera distinta. Cuando Len) comenzó a hablar y no dijo nada de la conversación que mantuvo con Júpiter para que le

prestara el perro, Tom se quedó atento y al acecho. Podía notarse que estaba listo para interrogarlo y aniquilarlo. Seguramente después declararíamos nosotros dos contando lo que le habíamos oído decir a él y Jim Lane. Pero al mirar a Tom me corrió frío por la espalda. Estaba abstraído como nunca, a miles de millas de distancia. No le escuchaba una sola palabra a Lem Beebe y cuando éste terminó, continuó abstraído como antes. Nuestro abogado tuvo que sacudirlo varias veces hasta que Tom, levantando la vista, le dijo:

-Ocúpese del testigo, si quiere, y déjeme en paz. Necesito pensar.

Eso me sublevó. No pude entenderlo. Benny y su madre parecían a punto de descomponerse de tan preocupadas como estaban. Se levantaron el velo de la cara para verlo, pero fue inútil. Tampoco yo pude encontrarme con su mirada. Entonces el chorlito del abogado empezó a atacar al testigo, lo que no condujo a nada porque lo único que consiguió fue hacerse un lío.

Después llamaron a Jim Lane, quien repitió la misma historia, exactamente. Tom no le prestó ninguna atención, tampoco, sino que se quedó sentado pensando, pensando, a miles de millas de distancia. El abogado continuó solo, por su cuenta, sin llegar a resultado alguno. El fiscal se sentía muy cómodo, pero el juez daba muestras de disgusto. Como comprenderéis, Tom ejercía casi las funciones de abogado legal porque, según las leyes de Arkansas, el preso tiene derecho de elegir a quien quiera para que colabore con el abogado. Tom logró que el tío Silas lo designara a él; pero como estaba echando todo a perder, esa conducta disgustó al juez.

Lo único que se le ocurrió al chorlito de nuestro abogado fue preguntarle a Lem y Jim:

-¿Por qué no fueron a contar lo que vieron?

-Teníamos miedo de vernos mezclados en ese asunto, y, porque, además, nos dirigíamos río abajo para cazar durante toda esa semana. Pero no bien regresamos nos enteramos de que estaban buscando el cadáver, por lo que fuimos a contarle todo a Brace Dunlap.

-¿Cuándo fue eso?

-El sábado 9 de septiembre, por la noche. Se oyó la voz del juez:

-*Sherif f,* arreste a estos dos testigos bajo sospecha de encubrimiento de asesinato.

El fiscal se levantó de un salto, excitado, y exclamó:

-¡Honorable juez! Protesto por este extraordi.. .

-¡Siéntese usted! -replicó el magistrado, levantando el mazo y dejándolo caer pesadamente sobre la mesa-. Le suplico que respete este tribunal.

La orden fue acatada. Entonces llamaron a Bill Withers quien, después de prestar juramento, declaró:

-El sábado 2 de septiembre, a la caída de la tarde, pasaba yo por el campo del reo, junto con mi hermano Jack, y vimos a un hombre que llevaba algo pesado sobre sus hombros. Pensamos que

sería algún vago, ladrón de maíz, pues no lo distinguimos con mucha claridad; después, que sería un hombre que cargaba a otro sobre su espalda y, por la manera de ir colgado, supusimos que se trataría de algún borracho, y que quien lo cargaba era el párroco Silas, pues nos pareció reconocer su modo de caminar. Tal vez había encontrado borracho a Sam Cooper por el camino, a quien procuraba siempre reformar, y que lo llevaba al hombro para apartarlo de algún peligro.

A todo el mundo estremeció pensar que el pobre tío Silas llevaba a cuestas al muerto hasta el tabacal donde lo descubrió el perro, aunque en sus rostros no se veía señal alguna de simpatía. Un tipo dijo:

-Es el crimen a sangre fría más terrible del que haya oído hablar. ¡Llevar al muerto de esa manera y enterrarlo como un animal! ¡Y nada menos que un predicador como él!

Tom continuaba pensativo sin prestar atención alguna a lo que ocurría, por lo que nuestro abogado interrogó otra vez al testigo de la mejor manera posible, si bien los resultados no pudieron ser más pobres.

Luego subió al estrado Jack Withers, quien declaró lo mismo que Bill. Después subió

Brace Dunlap, abatido y casi lloroso. Se produjo una conmoción en la sala, pues todo el mundo quería oír su declaración. Una de las mujeres exclamó:

-¡Pobre criatura, pobre criatura!

Muchos se enjugaban los ojos. Después de jurar, Brace Dunlap declaró:

-Desde mucho tiempo atrás estaba yo muy preocupado por mi pobre hermano, aunque sé que las cosas no marchaban tan mal como él se las imaginaba. Jamás se me ocurrió que pudiera haber alguien de tan mal corazón como para hacerle daño a una pobre criatura como él. (En ese momento podría yo jurar que Tom se sobresaltó un poco; pero en seguida se mostró decepcionado) y, como comprenderéis, nunca pensé que un predicador pudiera hacerle daño. Tal cosa me pareció totalmente fuera de lo natural e imposible. Por ello no le presté mucha atención *y,* ahora, jamás, jamás me lo perdonaré, pues de haber obrado yo de otra manera, mi pobre hermano, tan inofensivo, estaría hoy conmigo y no allá lejos, asesinado.

Al llegar a ese pasaje se detuvo, como ahogado por los sollozos, y esperó un poco hasta reponerse. Entre la gente se oían palabras de compasión y las mujeres lloraban. En el recinto reinaba un silencio solemne, y el pobre tío Silas emitió un quejido que lo oyó todo el mundo. Brace prosiguió:

-El sábado 2 de septiembre mi hermano no vino a comer. A medida que transcurría el tiempo yo estaba más inquieto ; uno de mis criados fue hasta la casa del preso, pero regresó diciéndome que no se encontraba ahí. Por lo tanto me preocupé mucho más y no pude descansar. Me acosté, pero me fue imposible conciliar el sueño. Ya tarde, en la noche, me levanté y me dirigí a la casa del preso y, durante el trayecto, tenía la esperanza de encontrarme con mi desventurado hermano, sin saber que ya se había librado de sus preocupaciones *y* se encontraba en mejores playas. (Aquí volvió a interrumpirse, ahogándose otra vez; todas las mujeres lloraban). El viaje no me sirvió de nada por lo que, al final, regresé a casa con la intención de dormir, pero me fue imposible. Bien; en el término de dos días todo el mundo estaba preocupado y recordaba las amenazas proferidas por este preso, llegando a la conclusión -que a mí no se me ocurrió- de que mi hermano había sido asesinado, por lo que decidieron salir a fin de encontrar su cadáver. Como la búsqueda resultó inútil se dieron por vencidos. Pensé en ese momento que mi hermano se habría ido a otro sitio más tranquilo y que retornaría cuando terminaran sus preocupaciones. Pero el sábado 9, por la noche, vinieron a casa Lem Beebe y Jim Lane y me contaron todo. Me relataron en forma completa el horrendo asesinato y sentí que se me rompía el corazón. Recordé entonces algo que no se me había ocurrido antes porque los informes dicen que este preso es sonámbulo y que, en ese estado, suele hacer cosas inconscientemente. En ese momento recordé que más tarde, en aquella noche espantosa del sábado, mientras me dirigía yo a la casa del reo, apenado y preocupado, pasé por uno de los extremos del tabacal y percibí el ruido de quien está cavando en la tierra arenosa. Me acerqué y atisbé entre los pámpanos qué cuelgan de la cerca y vi a este preso... ¡cavando, cavando con una pala de mango largo y poniendo la tierra que sacaba en un hoyo profundo que ya estaba casi lleno! Se hallaba de espaldas, pero como brillaba la luna lo reconocí por su viejo guardapolvo verde, con un remiendo blanco entre los dos hombros, como si alguien le hubiera tirado una bola de nieve. ¡Estaba enterrando al hombre que acababa de asesinar!

Y cayó de la silla, entre llantos y sollozos. La sala en pleno comenzó a llorar también, exclamando:

-¡Es espantoso…, espantoso..., horrible!

La conmoción general fue tremenda. El silencio posterior fue tal que podríamos haber oído nuestros propios pensamientos. De pronto el tío Silas dio un salto, con la cara blanca como una sábana y gritó:

-¡Es cierto todo lo que dijo! ¡Yo lo maté a sangre fría!

¡Por todos los santos, me quedé petrificado! La gente se levantó como enloquecida, estirándose para poder contemplar mejor al preso; el juez comenzó a golpear con la maza, mientras el *sheriff* aullaba:

-¡Orden! ¡Orden en la sala!

El viejo estaba pálido, temblando, con los ojos enrojecidos, sin mirar a su mujer y á su hija, que se habían acercado a él rogándole que se quedara tranquilo. Pero él las apartaba diciéndoles que había limpiado ya su negra alma de ese crimen; que por fin se había quitado de encima ese horrendo peso, peso que no habría soportado una hora más. Y continuó narrando su espantosa historia mientras todo el mundo lo miraba casi sin respirar: el juez, los jurados, los abogados y el resto. Benny y la tía Sally lloraban hasta partírseles el corazón. ¡Y Tom Sawyer, por todos los santos, ni siquiera miró al viejo una sola vez sino que se quedó como contemplando el vacío! El tío Silas prosiguió en medio de un torrente de palabras:

-¡Yo lo maté! ¡Yo soy el culpable! Pero nunca tuve la intención de herirlo o de hacerle daño, pese a todas esas mentiras que cuentan que yo lo había amenazado. Pero cuando alcé el palo... mi corazón se heló. Toda piedad huyó de mí y le di con toda mí alma. En ese momento recordé los insultos que ese hombre, y el canalla de su hermano, aquí presente, vertieron sobre mí, cómo me indispusieron con mi familia y arruinaron mi nombre llevándome a cometer actos que me destruyeron a mí y a mi familia, que jamás le había hecho daño alguno a él, pongo a Dios por testigo. Pero lo hicieron por vil venganza, porque mi pura e inocente hija, aquí a mi lado, no quiso casarse con ese rico, insolente y cobarde, ignorante de Brace Dunlap, que ha venido a llorar a un hermano por quien jamás se preocupó ni le importó un comino. (Vi que Tom daba un brinco y se ponía contento.) En ese momento, del que acabo de hablaros, me olvidé de Dios y recordé sólo la amargura de mi corazón -Dios me perdone- y lo maté. Pero pensé en mi pobre familia y decidí esconder el cadáver, por ellos, llevándolo a los arbustos. Poco después lo trasladé al tabacal, y en lo más negro de la noche fui con la pala y lo enterré donde...

Tom dio un salto y gritó:

-¡Ya lo descubrí! -y moviendo sus manos, tan elegantes y pulcras, en dirección al tío Silas, le ordenó:

-¡Sentaos! ¡Cierto es que se ha cometido un crimen, pero no habéis participado en él!

Pues bien, señor. Podría haberse oído la caída de un alfiler. El viejo se hundió en la silla, aturdido, sin que la tía Sally y Benny lo vieran porque se quedaron atónitas mirando fijamente a Tom, con la boca abierta, sin saber de qué se trataba. Y al resto le pasó lo mismo. Jamás he visto a tanta gente muda de asombro y confundida, mirando sin pestañear un segundo. Con toda calma, Tom prosiguió:

-Honorable juez, ¿puedo hablar?

-¡Por el amor de Dios, claro que sí! ¡Habla! -exclamó el juez, tan atónito como los demás, sin saber de qué se trataba.

Tom se puso de pie y aguardó un par de segundos -para conseguir "efecto", como decía él- y comenzó su exposición:

-Durante aproximadamente dos semanas ha estado colgado en el frente de este tribunal un cartel ofreciendo dos mil dólares por dos enormes diamantes... robados en San Luis. Las piedras valen doce mil dólares, pero no os preocupéis por ello que no es éste el momento de hablar de ese asunto. En lo que a este crimen se refiere, os diré todo lo relacionado con él, de qué forma ocurrió, quién lo cometió y cada uno de los detalles.

El público volvió a sentarse, procurando no perder una sola palabra.

-Este hombre que veis aquí -prosiguió diciendo Tom-, Brace Dunlap, que ha estado llorando como una criatura la muerte de su hermano y que, os consta, jamás le importó un comino de él, quería casarse con esta joven, que lo rechazó, por lo cual le dijo al tío Silas que se arrepentiría de ello.

El tío Silas sabía lo poderoso que era este sujeto y qué pocas probabilidades tenía de oponerse a sus designios. Se asustó e hizo todo lo posible para calmarlo y para que se mostrara bueno con él. Inclusive tomó a su servicio al inútil de su hermano Júpiter, en la

granja y, a fin de pagarle debió someter a privaciones a su propia familia. Y Júpiter, obligado por su hermano, insultó al tío Silas, perjudicándolo y dañándolo en todo lo posible e indisponiéndolo con los demás. Y lo consiguió, pues la gente se volvió contra él diciendo las cosas más viles, hasta que poco a poco le fue destrozando el corazón. Sí, como oís, a tal punto quedó preocupado que a veces creyó que se iba a enloquecer.

Pues bien ; ese sábado, que tantas preocupaciones ha causado, dos de estos testigos aquí presentes, Lem Beebe y Jim Lane, pasaron junto al lugar donde se encontraban trabajando el tío Silas y Júpiter Dunlap. Mucho de lo que dijeron esos dos testigos es cierto, pero el resto son todas mentiras. No oyeron que el tío Silas amenazaba de muerte a Júpiter; no oyeron que le asestara un golpe; no vieron al muerto y no vieron al tío ocultar nada entre los arbustos. Miradlos ahora, cómo están sentados, deseando no haber sido tan sueltos de lengua. Sea como fuere, lo desearán antes de que yo termine de hablar.

Esa misma tarde del sábado, Bill y Jack Withers vieron realmente a un hombre que llevaba sobre sus hombros a otro. Gran parte de lo que dijeron es verdad, y el resto mentiras. Al principio pensaron que se trataba de algún vago que le estaba robando maíz al tío Silas. Como veis, lo que digo los ha dejado mudos porque lo que menos sospechaban era que había alguien que los estaba escuchando. Después se enteraron de quién era el que llevaba a cuestas a otro y quién era éste último. Saben muy bien por qué juraron hace un rato decir que reconocieron al tío Silas por la manera de caminar, lo cual es falso, porque no era el tío Silas. Y lo que saben mucho mejor es por qué juraron decir esa mentira.

Un hombre, en realidad, salió a la luz de la luna y vio que enterraban a otro en el matorral. Pero no era el tío Silas porque a esa hora estaba durmiendo en su cama. Ahora bien; antes de proseguir, quiero preguntaros si habéis notado esto: hay gente que, cuando está sumida en sus pensamientos o preocupada, casi siempre hace algo con las manos, sin saberlo y sin prestarle atención. Algunos se tiran de la barbilla, otros de la nariz, otros debajo de la barbilla. Algunos dan vuelta una cadena o retuercen un botón, o se dibujan números o letras con los dedos en la cara, o debajo de la barbilla o de los labios. Es lo que hago yo, por ejemplo. Cuando estoy inquieto, o preocupado, o sumido en mis pensamientos, dibujo la letra V mayúscula en mi mejilla o debajo de los labios o de la barbilla. Nada más que una mayúscula y la mayor parte del tiempo ni siquiera me doy cuenta de lo que estoy haciendo.

(El asunto es curioso, ciertamente, pero al oír lo que decía Tom recordé que yo tengo la costumbre de dibujar una O. Y el resto de la gente debió de pensar lo mismo porque se hacían señas afirmativas con la cabeza, como diciéndose: Tiene razón).

-Bueno -prosiguió diciendo Tom-; ese mismo sábado..., no, fue la noche anterior, atracó un barco en el desembarcadero de Flager, a unas cuarenta millas de aquí. Esa noche llovía y tronaba como si estuviera diluviando. A bordo de ese barco venía un ladrón y con él los dos enormes diamantes reclamados en el aviso pegado ante la puerta de este tribunal. El ladrón bajó a tierra con su maleta y se internó en plena tormenta en medio de la oscuridad, confiando llegar sano y salvo a este pueblo. Pero en el mismo barco viajaban otros dos compinches suyos que estaban dispuestos a matarlo en la primera oportunidad que se les presentara a fin de sacarle los diamantes. Porque los tres habían robado las joyas y este individuo se quedó con ellas y se escapó.

"Continúo: no había andado más de diez minutos cuando sus compinches se dieron cuenta de que se había escapado, por lo que saltaron a tierra y salieron en su búsqueda. Posiblemente encendieron fósforos para dar con sus huellas. De cualquier manera, lo persiguieron todo el día sábado y lo perdieron de vista. A eso de la caída del sol, el individuo en cuestión llegó al bosquecillo de sicomoros junto al campo del tío Silas, y se internó ahí para sacar su disfraz del maletín y ponérselo antes de mostrarse por este pueblo. Recordad que lo hizo justo antes de que el tío Silas le pegara con un palo en la cabeza a Júpiter Dunlap. Porque, en realidad, es cierto que lo golpeó. En el preciso instante que los sujetos vieron que el ladrón se metía en el bosque, salieron de los arbustos de un salto y se lanzaron tras él,

Librodot.com

cayéndole encima y matándolo a garrotazos.

"Sí, por más que el otro gritó y aulló, no tuvieron piedad de él sino que lo liquidaron a garrotazos. Dos hombres que corrían por la carretera lo oyeron aullar de esa manera y entraron precipitadamente entre los sicomoros, pues venían por ese camino. Cuando los sujetos los vieron comenzaron a correr y detrás de ellos los dos hombres. La persecución duró un par de minutos, porque los dos hombres recién llegados regresaron tranquilos al bosque de sicomoros.

"Entonces, ¿qué hicieron ? Os diré. Encontraron el disfraz que el ladrón había sacado de su maletín y uno de ellos se lo puso.

Tom hizo una pausa, en busca de otro "efecto"; después, con toda intención, agregó:

-El hombre que se puso el disfraz del muerto era... Júpiter Dunlap.

-¡Dios santo! -exclamó la multitud; el tío Silas se quedó mirando, totalmente atónito.

-Sí, ora Júpiter Dunlap, que no ha muerto como veis. Los tipos le quitaron las botas al muerto: Júpiter se puso las botas del cadáver y a éste le puso sus zapatos rotos; se quedó donde estaba y el otro hombre cargó con el cadáver, a la caída del sol. Después de medianoche fue a la casa del tío Silas, sacó de la percha el guardapolvo verde, que estaba colgado, como siempre, entre la casa y la cocina, se lo puso, robó la pala de mango largo *y* se fue hasta el tabacal para enterrar al muerto.



Hizo una pausa de medio minuto y prosiguió:

-¿Y quién creéis que era el muerto? ¡Era Jake Dunlap, el ladrón que desapareció de este pueblo hace mucho tiempo!

-¡Dios santo!

-¡Y el hombre que lo enterró era... Brace Dunlap, su hermano!

-¡Dios santo!

-¿Y quién creéis que es este idiota llorón, aquí presente, que se ha hecho pasar por forastero y sordomudo en estas últimas semanas? Pues es... Júpiter Dunlap.

¡Qué barbaridad! Todo el mundo lanzó un aullido como jamás se había oído. Tom dio un salto en dirección a Júpiter y le quitó los anteojos oscuros y sus falsas patillas, apareciendo el "asesinado", más vivito que nadie. La tía Sally y Benny comenzaron a abrazar al tío Silas, llorando, besándolo y calmándolo; el viejo se quedó más confundido que antes, lo cual es decir bastante. En seguida la gente comenzó a gritar:

-¡Tom Sawyer! ¡Tom Sawyer! ¡Callaos todos y dejadlo hablar! ¡Continúa, Tom Sawyer!

Esta reacción del público lo llenó de vanidad porque Tom se desvivía por ser un personajón y un héroe. Una vez que retornó la calma, prosiguió:

-No queda mucho por decir, salvo lo siguiente. Cuando ese hombre, Brace Dunlap, consiguió alterar la vida y la mente del tío Silas hasta casi enloquecerlo, y darle un garrotazo

Librodot.com

al idiota de su hermano, supongo que vio la oportunidad deseada. Júpiter se dirigió al bosque para esconderse, y su juego -me parece- consistía en huir durante la noche y abandonar el país. Entonces Brace le haría creer a todo el mundo que el tío Silas lo había

matado y escondido el cadáver en alguna parte, lo cual habría arruinado al tío obligándolo a salir del país o a morir ahorcado, no sé. Pero cuando hallaron al otro hermano, muerto entre los sicomoros e irreconocible por los golpes que le propinaron los asesinos, vieron que se les presentaba algo mejor: enterrar a Jake con las ropas de Júpiter, para luego desenterrarlo y alquilar a Jim Lane, Bill Withers y los demás para que juraran decir una sarta de mentiras, que es lo que hicieron. Y ahí los tenéis sentados. Por eso os dije que antes de terminar mi exposición se iban a sentir muy mal, y así ha ocurrido, como veis.

"Prosigo: Huck Finn, aquí presente, y yo, vinimos en el barco de los ladrones, y el muerto nos contó la historia de los diamantes diciéndonos que sus otros compinches lo matarían en cuanto se les presentara la oportunidad, por lo que decidimos ayudarle en lo que estuviera en nuestro poder. Nos dirigíamos al bosque de sicomoros cuando oímos que lo estaban asesinando en ese lugar ; pero al día siguiente por la mañana temprano, después de la tormenta, comprobamos que no habían matado a nadie; cuando vimos a Júpiter Dunlap, aquí presente, paseándose con el mismo disfraz que Jake nos había explicado que usaría, lo tomamos por el propio Jake, pues sólo respondió nuestras preguntas con el guuu-guuu-guuu de los sordomudos, tal cual nos había dicho que haría.

-Pues bien; Huck y yo nos pusimos a la búsqueda del cadáver cuando los demás habían ya abandonado la empresa, y lo encontramos, lo cual nos llenó de orgullo. Pero el tío Silas nos dejó anonadados al declarar que él había matado al hombre, por lo que lamentamos enormemente haber descubierto el cadáver. Lo único que nos quedaba por hacer era salvarle el pescuezo, si podíamos. La empresa iba a resultar ardua porque no nos dejó que lo sacáramos de la cárcel, como hicimos con el viejo Jim.

"Durante todo el mes no dejé de pensar en la manera de salvar al tío Silas, sin llegar a conclusión alguna, por lo que hoy vinimos vacíos de soluciones a este tribunal y sin poder cumplir con nuestros designios. Pero de tanto en tanto surgía ante mí una luz que me aclaraba el caso; muy débil, es cierto, al extremo que no me daba ninguna seguridad. Me quedé sentado fingiendo estar pensando, pero en realidad no hacía más que observar. En el transcurso del debate, mientras el tío Silas exponía uno tras otro sus argumentos de por qué tenía pensado matar a Júpiter Dunlap, se me volvió a aparecer esa lucecita. En ese momento di un salto e interrumpí el proceso porque sabía ya que Júpiter Dunlap estaba sentado aquí, frente a mí. Lo reconocí por algo que le vi hacer cuando estuve aquí el año pasado.

Al llegar a esa parte de su exposición Tom se detuvo, en busca de otro "efecto". Lo conozco perfectamente bien. Después giró, como si fuera a abandonar la plataforma y dijo, en tono displicente e indiferente:

-Creo que eso es todo.

Jamás se ha oído un alarido semejante, como el que exhaló la sala entera:

-¿Qué es lo que le viste hacer? ¡Quédate donde estás, pequeño demonio! ¿Crees que nos vas a tener así, haciéndonos agua la boca para después quedarte callado? ¿Qué es lo que hizo?

Eso es lo que se proponía Tom: conseguir otro "efecto". Ni con una yunta de bueyes lo habrían sacado de la plataforma.

-¡Oh, no es nada importante! -respondió-. Lo noté un poco excitado cuando el tío Silas declaró que estaba dispuesto a que lo ahorcaran... por un crimen que no había cometido. Y se puso cada vez más nervioso. Lo observé atentamente sin aparentar que lo estaba mirando: de pronto comenzó a mover las manos y poco después vi que se hacía una cruz con un dedo en la mejilla. ¡Ahí fue cuando lo descubrí!

La sala entera prorrumpió en exclamaciones y aullidos, golpeando las manos hasta que Tom Sawyer se sintió tan orgulloso y feliz que no cabía en sí de contento. El juez le dijo desde el estrado:

-Hijo mío, ¿viste todos los detalles de esta extraña conspiración y tragedia que acabas de describir?

-No, honorable juez. No vi ninguno.

-¡No viste nada! Sin embargo, has contado toda la historia de pe a pa como si la hubieras visto con tus propios ojos. ¿Cómo te las ingeniaste?

Con la mayor naturalidad Tom le respondió:

-¡Oh, fijándome en los testimonios y atando cabos, honorable juez! Apenas un sencillísimo y común trabajo de detective. Cualquiera podría haberlo realizado.

-¡Nada de eso! ¡Ni siquiera dos en un millón de personas podrían haberlo hecho. Eres un muchacho admirable.

Volvieron a oírse las aclamaciones y los aplausos. Tom no habría cambiado ese momento de gloria ni por una mina de plata. El juez prosiguió:

-¿Estás seguro de que todo ocurrió tal cual lo cuentas?

-Perfectamente seguro, honorable juez. Aquí tenéis a Brace Dunlap que niegue la parte que le tocó en el asunto, si quiere, pero me comprometo a responderle de tal manera que deseará no haber dicho nada.. . Como veis, está muy calladito, igual que su hermano y los cuatro testigos a quienes les pagaron para que mintieran. En cuanto al tío Si-las, de nada valdrá que quiera terciar en este asunto. Ni siquiera bajo juramento le creeré una palabra de lo que diga.

Esta afirmación provocó carcajadas en la sala *y* hasta el propio juez no pudo menos que reírse. Tom se sentía como en un arco iris. Cuando el público dejó de reírse, Tom levantó la vista hacia el juez y le dijo:

-Honorable juez; en esta sala hay un ladrón. -¿Un ladrón?

-Sí, señor. Y lleva encima diamantes por doce mil dólares.

El revuelo que se armó en la sala! Todo el mundo comenzó a gritar:

-¿Quién es? ¡Que lo señale!

El juez le ordenó:

Señálalo, muchacho. Y usted, *sheriff*, lo arrestará. ¿Quién es?

-Este "difunto" que está aquí presente: Júpiter Dunlap.

Una tormenta de asombro y curiosidad estalló en todo el recinto. Pero Júpiter -que estaba ya atónito desde mucho antes- se quedó petrificado. Casi en un grito exclamó:

-¡Mentiras, honorable juez, no es justo! Bastante mala es mi situación sin necesidad de agregarle más cosas. Soy culpable de otros delitos; Brace me obligó a cometerlos y me convenció, diciéndome que algún -día sería rico. Los cometí y lo lamento. Ojalá no lo hubiera hecho! Pero no robé esos diamantes y no los tengo encima. ¡Que me caiga muerto aquí mismo si miento! El *sheriff* puede revisarme para comprobarlo.

Tom agregó:

-Honorable juez; no fui justo en llamarlo ladrón y estoy dispuesto a retirar ese título. Júpiter Dunlap robó los diamantes... sin saberlo. Se los robó a su hermano Jake cuando lo encontró muerto, después que Jake se los robó a los otros ladrones. Pero Júpiter lo ignoraba *y* se ha estado paseando durante un mes con los diamantes. Sí señor; llevaba encima doce mil dólares en diamantes. Era rico y estuvo viviendo como un pobre. Sí, honorable juez, y todavía los lleva encima.

El juez ordenó:

Sherif f, registre a ese hombre.

El *sheriff* procedió a cumplir la orden revisándolo desde la cabeza hasta los pies y además todas las cosas que llevaba puestas: sombrero, medias, botas, todo, hasta le revisó las costuras. Tom permaneció inmóvil, en busca de otro efecto. Por último el *sheriff* se dio por vencido. La multitud se sintió decepcionada y Júpiter exclamó:

-¿Qué os dije?

El juez intervino:

-Me parece que te has equivocado esta vez, muchacho.

Tom se quedó en pose, fingiendo estar pensando con toda su alma y rascándose la cabeza. De golpe se quedó con la vista fija en el vacío y dijo;

-¡Ah, ya me doy cuenta, me había olvidado

Lo que era una mentira, porque conozco bien: a Tom Sawyer.

-¿Quisiera alguien tener la amabilidad de prestarme un destornillador pequeño? -preguntó Tom-. Su hermano llevaba uno en el maletín que usted le quitó, Júpiter; aunque no creo que lo tomara usted.

-No; no lo necesitaba para nada y lo tiré. -Porque ignoraba para qué servía.

Júpiter se había calzado otra vez las botas; cuando el destornillador pasó por encima de las cabezas del público y se lo entregaron a Tom, le ordenó a Júpiter:

-Coloque un pie sobre esta silla.

Y él se arrodilló y comenzó a destornillar la chapa del taco. Todo el mundo se quedó observando. Cuando extrajo el diamante del taco y lo sostuvo para que brillara con todas sus luces bajo el sol, a la gente se le cortó la respiración. Júpiter se sintió peor que nunca, y cuando Tom procedió a sacar el segundo diamante, su cara se desfiguró. ¡Pensar que podría haber huido y vivido independiente y rico en el extranjero con sólo haber adivinado para qué servía el destornillador que encontró en el maletín!

Como podéis suponer, la sala en pleno se convulsionó y Tom comenzó a oír los acordes triunfales de la gloria. El juez tomó los diamantes, se puso de pie en el estrado, aclaróse la garganta, se echó hacia atrás los anteojos y dijo:

-Guardaré estos diamantes y notificaré a sus dueños. Cuando envíen a buscarlos será para mí un enorme placer entregarte los dos mil dólares de recompensa. No sólo te has ganado ese dinero sino también la más profunda y sincera gratitud de esta comunidad por haber levantado a una familia inocente de la ruina, la ignominia y la vergüenza, salvado a un hombre bueno y honorable de las garras de la muerte, y exponer a la infamia y el castigo, de la ley a estos canallas crueles, odiosos y miserables.

Pues bien, señor. De haber sonado en ese momento una banda de música habría sido lo más lógico y justificado, como el mismo Tom Sawyer estuvo de acuerdo.

El *sheriff* detuvo a Brace Dunlap y sus secuaces, y un mes después el juez los procesó condenándolos a la cárcel. La feligresía volvió a la vieja iglesita del tío Silas, colmándolos a él y su familia de cariño y amabilidades. Nada les parecía suficiente para testimoniarles su afecto. El tío Silas predicó los más intrincados y absurdos sermones que se hayan oído; tan embrollados que lo dejaban a uno turulato al extremo de que, aun en pleno día, resultaba difícil encontrar el camino para volver a casa. Pero la gente fingía tomarlos por los más claros; brillantes y elegantes que se habían pronunciado y los escuchaban llorando movidos por el amor *y* la piedad. Pero a mí, ¡Dios santo!, me volvían loco. Al poco tiempo el viejo recuperó la lucidez adquiriendo mayor cordura, lo cual no es poco elogio. De esa manera la familia volvió a vivir feliz como los pájaros y no hubo otra que demostrara más cariño y gratitud que ella por Tom Sawyer. Y hasta por mí, aunque yo no había hecho nada.

Y cuando llegaron los dos mil dólares, Tom me entregó la mitad. A nadie le comunicó esa desinteresada acción que tuvo conmigo, lo que no me sorprendió porque conocía muy bien su carácter.

FIN

Librodot.com